7567

JOSE PABLO RIVAS

NAPOLEON

Drama histórico en cinco actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

17

NAPOLEON

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor para el TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELONA

NAPOLEON

Drama histórico en cinco actos y en prosa

original de

JOSÉ PABLO RIVAS

Estrenado en el teatro Cervantes, de Madrid, la noche del 17 de Febrero de 1911

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

REPARTO

Personajes	Actores
JOSEFINA	Doña Angeles Hermán.
LETICIA	» Josefina Vázquez.
CAROLINA	» Concepción Ester.
LAURA	» María Valentín.
AGATA	» Encarnación Ruiz.
JUANA	» N. N.
ANTONIA	» Rita Vega.
NAPOLEÓN	Don Carlos Miralles.
EUGENIO	» Juan Aguado.
LUCIANO	» Germán Castro.
MURAT	» Antonio Rico.
FOUCHÉ	» Ventura Vázquez.
TALLEYRAND	» Mariano Azaña.
ROUSTÁN	» José Balsalobre.
CONSTÁN	» Germán Castro.
NEY	» Antonio Rico.
MACDONALD	» Mariano Azaña.
BERTHIER	» Ventura Vázquez.
CALAINCOURT	» Antonio Sánchez.
ROLLAND	» Germán Castro.
SALANDROUSSE	» Juan Aguado.
PEDRO LATOUR	» Antonio Rico.
PEDRO FOURNIER	» José León Rivas.
EL DUQUE DE VICENZO	» Roque Morales.
GENERAL 1.º	» N. N.
GENERAL 2.º	» N. N.
GENERAL 3º	» N. N.
SOLDADO INVÁLIDO	» Germán Castro.
UN CORREO	» N. N.
PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN DEL SENADO	» José León Rivas.
CORTESANO 1.º	» José León Rivas.
CORTESANO 2.º	» Antonio Sánchez.
UN UJIER	» N. N.

Dos pajes, cortesanos, arcisenses y soldados.

Nota importante: Como se hizo en el estreno de esta obra, varios actores pueden doblar y aun triplicar sus papeles, sistema que permite el representarla aun por las compañías menos numerosas.

ACTO PRIMERO

Saloncito en el hotel de Bonaparte en París, en la calle de la Chanteraine, llamada después de la Victoria. Puertas laterales y al foro. La de la izquierda conduce a las habitaciones de Josefina. La de la derecha, a las de Bonaparte cuando está en París. A la derecha de la puerta del foro una artística papelera con espejos y columnas. En el centro, un veladorcito de madera amarilla. A la izquierda, casi en primer término, una mesa de escribir de nogal. Sobre la mesa, un busto pequeño de Sócrates. Un sofá, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

JOSEFINA, sentada a la mesa de escribir y escribiendo una carta para el general Bonaparte. Transcurren algunos segundos sin que se oiga más que el rasguear nervioso de la pluma de Josefina sobre el satinado y elegante papel. AGATA RIBLE y LAURA SOHIER aparecen de pronto por la puerta del foro.

AGATA — Ahí está... Escribiendo.

LAURA — Bueno... Vete... (Agata sale por la puerta del foro. Laura Sohier avanza cautelosamente, de puntillas, hasta quedar a espaldas de Josefina.)

LAURA — ¿A quién escribes, Josefina?

JOSEFINA — (Sobresaltada, alzando vivamente la cabeza y clavando la altiva mirada en Laura.) Me has asustado... ¿Tú aquí, Laura?... ¿Y a estas horas? ¿Qué es lo que te trae?

LAURA — Pero ¡qué distraída estabas! ¿A quién escribes, si no es ningún secreto?

JOSEFINA — A Bonaparte.

674520

LAURA ¿Frases de cariño, no es cierto? ¿Ternuras de enamorada?

JOSEFINA Excusas... Subterfugios... Mil pretextos para no ir a su lado... No puedo ser más ingrata... ¡Pobre Bonaparte!

LAURA (Incrédula.) ¿De veras?

JOSEFINA (Levantándose y llevándola al sofá de la izquierda, en donde se sientan las dos.) Pero ven, siéntate... (Siguiendo la conversación interrumpida.) ¡Oh... si vieras!... Te puedo enseñar sus cartas... En todas ellas me dice que salga de París, que corra, que vuele a su lado... que no puede vivir sin mí... Que sin mí se muere... ¡Es un grito de pasión infinita! Y, sin embargo, le pago con demoras, con dilaciones.

LAURA ¿Y cómo has de querer salir de París, si eres la reina de la moda, si brillas, mandas y triunfas a tu antojo?

JOSEFINA Sí, puede que influya en mis vacilaciones lo que dices... Pero no es eso sólo... Es que puede más mi miedo que mi cariño... Conservo tan penosos recuerdos de cuando fuí a acompañarle en su campaña de Italia... ¡Aquella incesante y vertiginosa correría de campamento en campamento, aquel variar sin tregua, aquella punzante zozobra... Y el silbar de las balas, el estampido de los cañones retumbando en los oídos, el temor siempre de caer en poder del enemigo... ¡Qué horrible cosa, Laura!... No se ha hecho para mujeres.

LAURA Eso es porque tú no le quieres tanto como él te quiere a ti.

JOSEFINA (Sonriendo.) Puede que tengas razón... Aunque yo también le quiero... Ha sido siempre tan bueno y generoso conmigo...

LAURA Es cierto.

JOSEFINA Y nadie en el mundo me ha amado tanto como mi marido. (Levantándose de improviso va

a la mesa de escribir, saca de uno de los cajones un paquete de cartas y vuelve a sentarse al lado de Laura.)

Oye cualquier párrafo de sus cartas... (Leyendo.) «¿No vienes? ¿Vas a venir, no es cierto?... ¿Vas a estar, al fin, aquí, a mi lado, en mis brazos, contra mi corazón?... ¡Ven! ¡Ponte alas!... ¿O es que no vienes porque ya no me amas? ¡Oh, si fuera verdad, teme el puñal de Otelo!» ¿Verdad que me quiere mi marido?

LAURA ¡Así me amase el mío!

JOSEFINA Tú ya lo ves, llena estoy continuamente de sus dones. Por mí saquea a Europa. No hay nada, por rico, por exquisito, por maravilloso que sea que le parezca digno de mí. Y sin cesar llueven a mis pies rescates de villas, dádivas de príncipes, despojos valiosos tomados al enemigo. Todos sus compañeros de armas, ya lo sé, hacen lo propio con sus damas, pero ninguno le gana a mi marido ni en amor ni en esplendidez.

LAURA Y dime: ¿hace ya muchos días que no has tenido nuevas suyas?

JOSEFINA Más de dos meses, y por eso le escribo.

LAURA ¿De modo que no sabes nada?

JOSEFINA ¡Por Dios, Laura!... ¡No me alarmes!... ¿Qué ha sucedido? ¿Han herido a Bonaparte? ¿Le han matado acaso?

LAURA No, mujer... Viene.

JOSEFINA ¿Y nada me ha dicho?

LAURA Habrá querido sorprenderte. Mira, estábamos comiendo en casa de Barrás cuando cayó en la mesa, como una bomba, la noticia del desembarco de Bonaparte en Freijús... Conque a estas horas, ¡calcula, vuela camino de París!

JOSEFINA Venir así, de improviso... Y sin avisarme.

LAURA Sí, no deja de ser inquietante esta inopinada venida de tu marido.

JOSEFINA Sobre todo para mí. ¡Qué enojado ha de venir conmigo Bonaparte!

LAURA — Y con su genio. (Josefina se levanta con apresuramiento, dejando abandonadas sobre la mesa las cartas de Bonaparte.)

JOSEFINA — ¡Agata, Agata!... (Volviendo al centro del escenario.) ¡Quién arrostra los primeros ímpetus de su cólera!

ESCENA II

JOSEFINA, LAURA SOHIER y AGATA RIBLE, por el foro.

JOSEFINA — (Al ver a Laura, presa de la más viva agitación.) Agata... ¡Que enganchen!... En seguida. ¡Ah, y tráete mi chal y mi sombrero. (Agata sale por la puerta del foro.)

LAURA — ¿Vas a recibirle?

JOSEFINA — ¡Pues claro! Tengo tantos deseos de verle. Y luego, quiero ser la primera en caer en sus brazos... Y evitar que le hable su familia... Tú ya sabes cuanto me odian los suyos... Quieren todos ellos contrarrestar mi legítima influencia en su corazón con la maledicencia, con la calumnia. Pudieran contarle mil horrores de mí... ¿Y nada hay más triste, estando limpia de toda culpa? ¿Cómo iba yo a querer manchar la frente pura de Eugenio y de Hortensia?...

LAURA — Los hijos de tu primer marido...

JOSEFINA — De eso es de lo que me acusan también los suyos, de que no haya sabido darle un hijo a Bonaparte.

LAURA — No es ese, sé franca, Josefina, el único motivo de tu impaciencia.

JOSEFINA — Pues, ¿qué otro?

LAURA — Entrar en París en su coche, a su lado, enmedio de las aclamaciones delirantes de la multitud. ¡Como que vuelve vencedor!

JOSEFINA — (Radiante de alegría.) Es lo que tiene por costumbre.

LAURA Dicen que su paso por Aviñón, Lyón y Valence ha sido una serie no interrumpida de frenéticas ovaciones... Pues aquí no sé lo que va a pasar... Imagínate que la gente se da la enhorabuena por las calles, sin conocerse... Todos los parisienses están locos. Y mi marido, el más loco de todos. Hoy decía en la mesa: «Ciudadanos: en mi opinión, Bonaparte en Egipto ha eclipsado a los antiguos. ¡Y qué gloria para la nación! Los soldados franceses han grabado sus nombres en las pirámides con las puntas de sus bayonetas.»

JOSEFINA (Escuchándola muy complacida.) Cierto... cierto.

LAURA ¡Y el botín que trae tu marido! Tres mil mamelucos, cuarenta cañones, cuatrocientos camellos, todos los tesoros de todos los almacenes tomados al enemigo. (Suena de pronto un cañonazo. Sobresalto nervioso de Laura y de Josefina.)

JOSEFINA ¡Dios mío!... Ya está entrando. No voy a llegar a tiempo... Va a hablarle antes Carolina... (A Agata, que entra en aquel momento por el foro con el manto y el sombrero de Josefina.) Pero no tardas poco, mujer... ¡Dios mío, no llego!... (Agata le coloca el chal sobre los hombros y le entrega el sombrero, que Josefina se pone precipitadamente ante el espejo de la papelera.) ¿Y el coche?

AGATA Ya está abajo esperando.

JOSEFINA ¿Vienes, Laura?

LAURA Sí.

JOSEFINA De paso te dejaré en tu casa. (Salen por el foro. Suena otro cañonazo.)

ESCENA III

AGATA sola, yendo hacia la mesa de escribir y empezando a registrar las cartas que Josefina ha dejado abandonadas sobre la mesa.

¡Jesús, cuánto cañonazo!... Parece que va a venirse el mundo encima... Y todo

por un hombre... ¡Y qué hombre!... Me parece que se va a armar aquí una tremolina... (Otro cañonazo.) ¡Bonito vendrá el general!... Y digo, con el genio que gasta. No queda aquí mueble sano... La culpa se la tiene ella... ¿Por qué no va cuando la llama? (Poniendo en orden las cartas.) Todas son cartas de él... Y todas echan chispas... ¡Qué suerte tienen algunas mujeres!... (Leyendo los encabezamientos de las cartas.) «Mi idolatrada Josefina...» «Mi inolvidable Josefina...» «Mi amadísima Josefina...» Ya no sabe como llamarla. (Volviéndose, al ruido que hace Roustán al aparecer por la puerta del foro, lanza un grito de espanto, dejando caer las cartas sobre la mesa.) ¡Jesús, María y José!... ¿Quién es este espantajo?...

ESCENA IV

AGATA y ROUSTÁN, el mameluco de Bonaparte, por el foro. Después, por el mismo sitio, BONAPARTE, LUCIANO, LETICIA y CAROLINA. Napoleón es el Bonaparte de la campaña de Italia, pálido, flaco, melenudo, vestido sencillamente de levita azul y con un sable de mameluco colgado a la oriental, de un cordón de seda carmesí. Bota alta.

ROUSTÁN (Avanzando hacia Agata:) No tener miedo de mí, niña bonita... Yo ser Roustán, mameluco de Bonaparte. Ponerme preso en Aboukir... Quererme él mucho a mí; quererle yo mucho a él... Con él ir a todas partes... Guardar su tienda... Velar su sueño... Mi gustarme mucho las niñas bonitas como tú... ojos negros... negros... negros... Cara blanca... blanca... blanca... (Pretendiendo ceñirle el talle.)

AGATA (Hurtándole vivamente el cuerpo.) ¡Eh! Quieto... ¡Que voy a llamar!... ¿No habrá quien me libre de este energúmeno?

NAPOLEÓN (Entrando.) ¿Qué es eso?
ROUSTÁN (Señalando a Agata.) Botín de guerra, mi general.
NAPOLEÓN (Con evidentes muestras de mal humor.) ¡Vete!
AGATA (A Roustán, antes de que éste salga por el foro, con vivo gesto de encono y desprecio.) ¡Bien dijo aquel que dijo mameluco!

ESCENA V

AGATA, NAPOLEÓN, LUCIANO, LETICIA y CAROLINA.

NAPOLEÓN (A Agata.) ¿Y dónde está la ciudadana Bonaparte?
AGATA Acaba de salir...
NAPOLEÓN ¿Sola?
AGATA No, ciudadano general: con la ciudadana Laura Sohier.
NAPOLEÓN ¿Y sus hijos?
AGATA Los ciudadanos Eugenio y Hortensia no están tampoco en casa. Pero esos salieron esta mañana muy temprano.
NAPOLEÓN Puedes retirarte. (Agata sale por el foro.)

ESCENA VI

NAPOLEÓN, LUCIANO, LETICIA y CAROLINA.

LETICIA Pues el sitio de Josefina era éste. ¿No te parece lo mismo, Bonaparte?
CAROLINA No te extrañe, mamá... Habrá ido, como siempre, a alguna diversión.
NAPOLEÓN (Con algo de dureza.) ¿Pero persistís en vuestras acusaciones contra la pobre Josefina? ¿Es cierto lo que me habéis dicho en todas vuestras cartas?
CAROLINA Sí, desgraciadamente.
NAPOLEÓN Pero dime, ¿no te inspira el odio?... Porque tú la odias, Carolina; tú la odias con toda tu alma.

CAROLINA No, hermano. Pregunta, indaga en París. ¡Si corre de boca en boca, se comenta de salón en salón... !

NAPOLEÓN (Como si hablase consigo mismo, recorriendo a grandes pasos la habitación, más pálido que de ordinario, con el rostro convulso, la mirada extraviada.) ¡Oh! Mujeres, mujeres... Engañarme de ese modo... Y mientras, estaba yo a seiscientas leguas de distancia... ¡Ah! Pero yo exterminaré a todos esos pisaverdes, a todos esos barbilindos. (A Carolina, de repente.) Pero, dime: ¿te consta? ¿Tienes pruebas?

CAROLINA Eso no se ve... Se sabe por lo que se oye decir...

NAPOLEÓN ¿Y tú, madre?... ¿Y tú, Luciano, qué decís vosotros?... ¿Por qué estáis callados? ¿Por qué apartáis los ojos de los míos?... ¡Hablad! ¡Respondedme !... ¿Qué habéis oído decir de Josefina?

LETICIA ¿Quién no conoce en París la ligereza de su conducta?

NAPOLEÓN ¡Si la he de matar !

LETICIA Nada de escándalo, hijo mío. No olvides que toda Francia tiene los ojos puestos en ti... Repúdiala, pero sin ruido... Aleja de tu lado a una mujer indigna de llevar un nombre tan glorioso como el tuyo.

NAPOLEÓN (Dominándose, reponiéndose.) Bien. Basta; asuntos más arduos me reclaman. Retiraos... Ya iré a veros. Tú quédate, Luciano.

LETICIA Adiós, hijo... ¡Y, por Dios, ten prudencia ! A bastantes riesgos has expuesto ya tu vida.

CAROLINA Adiós, hermano.

NAPOLEÓN ¡Adiós, Carolina ! (Leticia y Carolina salen por el foro.)

ESCENA VII

NAPOLEÓN y LUCIANO.

LUCIANO ¿Y cómo has llegado tan de repente, sin avisar a nadie?... ¿Qué ideas traes?

NAPOLEÓN Muy grandes. Por de pronto te diré que en París me espera o un consejo de guerra o el mando supremo de la república.

LUCIANO Mira, ándate con mucho tiento.

NAPOLEÓN Sé lo que traigo entre manos.

LUCIANO Sí, no dudo que triunfarás. Todas las esperanzas de Francia están puestas en ti. Has llegado a tiempo. Eres el hombre necesario.

NAPOLEÓN Lo sabía y por eso he venido.

ESCENA VIII

NAPOLEÓN, LUCIANO, MURAT y TALLEYRAND, por el foro
Este último cojea ligeramente.

TALLEY. (Estrechando muy afectuosamente la mano de Napoleón.) ¡Muy bien venido, general!

NAPOLEÓN Salud, ciudadano Talleyrand. Ya habréis visto la impresión que ha causado mi llegada en París.

TALLEY. Excelente, ciudadano general. Todo el mundo os aclama como a un Dios. En todos los rostros está la alegría y en todos los corazones la esperanza. El Directorio os saluda con salvas de cañón y repique de campanas, y el pueblo con gritos de amor y vítores de entusiasmo. Francia entera ve en vos a su salvador. Los desventurados os invocan como a su único apoyo; los oprimidos, como al vengador de sus vejados derechos; los débiles, como al caudillo audaz que sabe jugar con las

coronas de los reyes, como si fuesen fichas de dominó.

NAPOLEÓN ¿Y vos, Talleyrand?

TALLEY. Yo vengo a ofreceros mis servicios.

ESCENA IX

NAPOLEÓN, LUCIANO, TALLEYRAND y FOUCHÉ, por el foro.

FOUCHÉ (Que ha oído las últimas palabras de Talleyrand.) Y yo, los míos.

NAPOLEÓN (Sonriendo.) No hay duda de que me espera la victoria, cuando se ponen de mi parte la diplomacia y la policía.

FOUCHÉ Mi general, creo que ha llegado el momento oportuno.

NAPOLEÓN ¿Y el Directorio?

FOUCHÉ Confía en que yo le ponga sobre la pista de la conjuración. Imaginaos si tiene para rato.

ESCENA X

NAPOLEÓN, LUCIANO, TALLEYRAND, MURAT y FOUCHÉ. Generales y oficiales de todas las armas que acuden apresuradamente por la puerta del foro.

TALLEY. Mirad, ciudadano general: esto se va pareciendo a la corte de un monarca.

NAPOLEÓN La victoria empieza a sonreirnos, ciudadano Talleyrand. (Dirigiéndose a todo el concurso.) Señores: no podéis imaginaros cuán grandemente me complace, en estos supremos momentos en que van a decidirse los destinos de la patria, el ver agrupados en torno mío a los miembros más distinguidos del ejército, señal evidente de que cuento con sus votos y soy el heraldo de sus aspiraciones.

GENERAL 1 Y el símbolo de sus glorias.

MURAT (Al general 1.º) ¿No os habéis fijado? Ha dicho señores.

GENERAL 2 Vos sois el único que podéis salvarnos, ciudadano general.

OFICIAL 1 Francia se halla al borde del abismo.

OFICIAL 2 La guerra civil arde en el Este y amenaza llegar hasta París.

OFICIAL 3 Europa nos cerca por todas partes y de un momento a otro puede invadir nuestras fronteras.

GENERAL 1 La anarquía está en el aire.

GENERAL 2 La Hacienda, por los suelos.

GENERAL 3 El ejército, en la miseria.

OFICIAL 1 Nos hacen falta para salvarnos un cerebro y una espada.

OFICIAL 2 Es decir, vos.

NAPOLEÓN ¿Qué han hecho, entonces, esos hombres de la Francia que yo les dejé rica y próspera en el interior, honrada y respetada por todas las naciones de Europa? Miradla ahora extenuada, vencida desde el cabo de Helder hasta el estrecho de Messina. Para salvarla hay que colocar sus destinos en unas manos briosas.

LUCIANO Sí, pero que no sepan blandir la espada en contra de la revolución.

NAPOLEÓN ¡La revolución!... ¡Si ella es mi musa!... Por ella desenvainé mi espada en Castiglione y Aboukir, y no volveré a envainarla hasta que desaparezca el peligro de morir anegada en sangre francesa o aplastada brutalmente por los cascos de los caballos del enemigo.

LUCIANO En ese caso puedes contar conmigo para todo.

NAPOLEÓN ¡Gracias, Luciano! Sí; la patria lo exige. Vengo a restablecer el orden, el respeto a la ley; pero confío en que no habrá lucha, en que no se derramará una sola gota de sangre francesa. ¡Ciudadanos: jurad libertar a la patria o perecer en la demanda!

TODOS (Llevando las manos a las empuñaduras de sus espadas.) ¡Lo juramos!

NAPOLEÓN Ahora, salid, y prepararlo todo para mañana. Tú, Murat, cúidate de que no

se omita el pormenor más mínimo. (Todos van saliendo. Unos, estrechan la mano de Napoleón; otros saludan militarmente.)

ESCENA XI

NAPOLEÓN. Después ROUSTÁN, por el foro.

NAPOLEÓN (Paseándose agitadamente por la estancia.) ¡Y no viene! Bien sabe que hoy me juego la cabeza con mi venida. ¿Se siente culpada?... ¿Teme la cólera de un marido irritado?... ¿Será verdad todo lo que me han dicho de ella?... ¡Ah! ¿Por qué una bala enemiga no me estrelló el cráneo en las llanuras de Aboukir?... ¡Roustán!... (Coge un termómetro de bronce que está encima del velador y lo arroja contra el suelo en un gran ímpetu de locura.)

ROUSTÁN (Que va a entrar por el foro, retrocede asustado al ver la cólera de Bonaparte.) ¡Favor, Allah!... Furioso Bonaparte... Pagar su furia yo...

NAPOLEÓN ¡Roustán!

ROUSTÁN (Volviendo.) Señor...

NAPOLEÓN Mira, ponte delante de esa puerta. (Por la del foro.) ¡Que nadie pase el dintel! ¡Nadie!... ¿Me entiendes?...

ROUSTÁN Mucho, señor... Muro de carne ser... Ni un mosquito pasar. (Roustán se queda como clavado delante de la puerta. Napoleón sale por la derecha, cerrando la puerta con llave tras sí.)

ESCENA XII

ROUSTÁN y JOSEFINA, por el foro, con el traje con que salió a recibir a Napoleón.

ROUSTÁN (Cerrándole el paso.) Tú no pasar... Bonaparte no querer...

JOSEFINA ¡Tonto!... ¿No ves que soy el ama de aquí?... Esa orden no reza conmigo.

ROUSTÁN Sí, sí; no importa... Perdón... Roustán no poder...

JOSEFINA ¿Dónde está tu amo?

ROUSTÁN (Señalando a la puerta de la derecha.) Allí... Cerrar con llave... Labios temblarle... Ojos terribles.

JOSEFINA Está bien... Déjame pasar...

ROUSTÁN (Siempre reteniéndola.) Líbreme Allah... Yo no poder... Matarme Bonaparte...

JOSEFINA (Apartándole del dintel de la puerta y metiéndose dentro a pesar suyo.) ¡Paso, imbécil! ¿No ves que soy su mujer?

ROUSTÁN (Entrando tras ella.) ¡Atrás! ¡Atrás!... Llamar a Bonaparte...

ESCENA XIII

ROUSTÁN, JOSEFINA y NAPOLEÓN, por la derecha, que acude al ruido de las voces de Josefina y de Roustán.

NAPOLEÓN (A Roustán.) ¡Vete! (Roustán se va por la puerta del foro. En cuanto se ha ido, Napoleón se dispone a hacer lo mismo por la puerta de la izquierda. Al oir las últimas palabras de Josefina se queda inmóvil, cerca de la puerta, de espaldas.)

JOSEFINA Escucha, Bonaparte... (Pausa breve.) ¿Huyes de mí?... El vencedor de cien batallas interpone entre su cólera y mi amor la frágil valla de una cerradura?... Bonaparte, amigo mío, soy yo... Salí a recibirte, pero equivoqué el camino y no he podido verte llegar... Otros han sido más venturosos que yo... (Pausa breve.) Pero, ¿no me respondes?... ¿No me dices nada?... ¿Estás enfadado conmigo?... Ya lo veo; te han contado mil horrores de mí, todos los que ha tenido tiempo de acumular el fértil odio de tu hermana Carolina... (Otra pausa.) ¿No quieres oir-

me?... Ningún juez condena al reo sin haber escuchado antes su defensa... Se han valido de mi ausencia para calumniarme de la manera más odiosa... No los creas, Bonaparte, no los creas. (Pausa breve.) ¿No me contestas?... ¡Ah! Ya veo que no me amas cuando la calumnia ha hallado eco en tu corazón... Bonaparte, no olvides que no tengo más que a ti que me defienda.

NAPOLEÓN (Volviéndose a ella impetuosamente.) ¡Ah, pues entonces tú triunfarás de todos! (Josefina se arroja en sus brazos.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El salón amarillo en el palacio de las Tullerías. Puerta al foro izquierda. A la derecha, un gran espejo sobre una chimenea, en cuya repisa se ve, en el centro, un reloj, y a los dos lados dos artísticos candelabros. A la izquierda, segundo término, una mesa cuadrada con tapete verde y dos sillones a cada lado. A la derecha, en segundo término, una cónsola sobre la que se ve un busto de Josefina, de bronce. A cada lado, un taburete. Encima de la cónsola un gran cuadro representando una de las batallas de Bonaparte. Al foro, derecha, otra puerta. Una lámpara muy rica pendiente del techo.

ESCENA PRIMERA

NAPOLEÓN y JOSEFINA, sentados a la mesa de la derecha, jugando al ajedrez. En el diván de la izquierda, CAROLINA, TALLEYRAND y EUGENIO. ROUSTÁN, paseándose por delante de la puerta de la derecha.

TALLEY. Veo, bella Carolina, que sois tan madrugadora como vuestro ilustre hermano.

CAROLINA No lo creáis, señor ministro de Estado; sino que anoche no fuímos a la Opera. El primer cónsul trabaja tanto, que muchas veces, abrumado por el cansancio, se retira pronto a sus habitaciones. Y entonces, ya es sabido, todo es tristeza y aburrimiento en el palacio de las Tullerías.

TALLEY. De modo que cuando el astro rey se pone se ocultan todos sus satélites.

CAROLINA Josefina se pone a tocar un poco el arpa, pero pronto la ronda el sueño y se retira también a sus habitaciones. Yo cojo entonces el primer libro que se me viene a las manos. He aquí la vida que llevamos la mayor parte del año. Mas que la casa del primer magistrado de la república, parece la de un burgués con sus hábitos de economía y arreglo.

TALLEY. (Ya apunta en ella la princesa.) Consuéleos la idea, señora, de que muy en breve las Tullerías han de ser el marco adecuado y digno donde podáis lucir de cuerpo entero vuestro ingenio y toda vuestra belleza.

CAROLINA ¿Qué planes tiene mi hermano?... Vos debéis conocerlos.

TALLEY. No, dulce amiga mía; el ilustre vencedor de Rívoli se ha mostrado sobre este punto muy reservado conmigo. Y con todos. Pero no es menester ser muy lince para adivinarlos. Se transparentan.

CAROLINA Pues confieso que yo no los he visto.

TALLEY. O no habéis querido verlos. ¿No os habéis fijado en la transformación lenta, pero segura, que se está operando en torno vuestro? ¡Estoy maravillado!

CAROLINA ¡Como que no poseo las altas dotes de observación que os adornan!

TALLEY. ¿No habéis reparado en la guardia del primer cónsul? ¡Ni la de un soberano! Pues, ¿y el brillante cortejo de damas que se le ha dado a Josefina?

CAROLINA No veo en ello más que el mucho amor que le profesa. ¡Como que todo le parece poco para ella! Y para los suyos. ¡Ved sino a Eugenio! (Señalándole.) ¡Tan joven, y por el mero hecho de ser su hijo, lo ha colmado de riquezas y honores. No hablemos de Hortensia. La quiere como si le hubiese dado el ser.

TALLEY. ¿No veis cómo centraliza el poder en sus

hábiles manos? Hoy es el telégrafo de las Tullerías el que hace marchar a la nación entera.

CAROLINA Sí, es cierto.

TALLEY. Creedme, señora, la espada del primer cónsul va tomando la forma de un cetro.

CAROLINA ¿Y quién más digno que él de una corona? ¿Pero creéis que podrá...?

TALLEY. ¿Quién...? ¿El?... Lo imposible no está a la altura de su talla. Ha nacido para ser el primero en todas partes.

CAROLINA Ya lo sé.

TALLEY. El día que a él se le antoje se colocará la corona de Francia en la cabeza tan naturalmente como se abrogó el mando superior de las tropas en la campaña de Italia, como se apoderó en seguida del primer puesto a su regreso de Egipto.

CAROLINA Sí, sí.

TALLEY. En Italia, con un solo fruncimiento de cejas, con una sola mirada de sus ojos, Auguerau, Massena... todos aquellos feroces espadachines quedaron fascinados en un instante sometidos a su yugo. Aquí, con una sola palabra aniquiló a Sieyes y lo redujo a la verdadera estatura que tenía.

CAROLINA Tenéis razón.

TALLEY. ¿No os habéis fijado, señora, en los leones de San Marcos, que el primer cónsul ha mandado colocar en la verja de las Tullerías?

CAROLINA ¡Pues no han dado poco que hablar los dichosos leones!

TALLEY. Pues bien, se me figura que los gallos dorados que los coronan, el día menos pensado se van a metamorfosear en aguilas.

CAROLINA Ahora sí que no os entiendo.

TALLEY. Señora, el primer rey fué un soldado dichoso.

CAROLINA Y que no puede perder el tiempo. Ya veis

el atentado de la calle de San Nicasio. Fué un milagro que el primer cónsul escapara con vida. ¿Y la conjura del duque d'Enghien?

TALLEY. Que hoy paga con la vida.

CAROLINA Fouché ha ido a Saint-Vicennes con el indulto. No sé si llegará a tiempo.

TALLEY. Gracias a Josefina.

CAROLINA ¿No os parece una debilidad imperdonable? Esa mujer abusa de su influencia de un modo inaudito.

TALLEY. Ya lo creo.

CAROLINA Vedle: ceñudo, sombrío, a duras penas logra contener la tempestad que le combate.

TALLEY. Dijérase que la piedad y la venganza libran en su alma una tremenda batalla.

NAPOLEÓN (Dando de repente un gran golpe en la mesa y poniéndose de pie.) ¡Jaque al rey, Josefina!

JOSEFINA (Sonriendo.) ¡Oh, de ese modo!... Ya se sabe, tú siempre has de ganar.

CAROLINA Tiene gracia la manera de jugar del primer cónsul. No quiere sujetarse a la marcha regular de las piezas y hay que dejarle hacer todo lo que quiera.

JOSEFINA (Sonriendo.) Como en todo, por supuesto. (En voz baja.) Sus manos estaban en las piezas; pero su pensamiento en el duque d'Enghien.

CAROLINA Mucho tarda Fouché.

JOSEFINA Me temo que el perdón de Bonaparte no ha de llegar a tiempo.

CAROLINA (A Talleyrand, en voz baja, para que la oiga su hermano.) ¿No os parece, Talleyrand, que hay que hacer un terrible escarmiento? La tierra arde bajo nuestros pies.

TALLEY. Soy de la misma opinión.

EUGENIO Y yo.

ROUSTÁN (Deteniéndose un punto en sus paseos por delante de la puerta de la derecha. Para sí.) Y yo también... Cosa horrible volar por los aires... Mejor Aboukir... Morir matando.

NAPOLEÓN ¿Qué se han imaginado los ingleses?... ¿Que he acabado con la anarquía entre los míos, para que vengan los extraños a sembrarla en mi propio suelo?... Soy menos corso de lo que se figuran... Esa inocente sangre francesa vertida de un modo tan villano en las mismas calles de mi capital, no puede quedar sin castigo ni venganza.

JOSEFINA ¡Bonaparte.., por Dios!

EUGENIO No es posible que sean franceses los autores del atentado inicuo.

CAROLINA Sí, todos debían adoraros.

NAPOLEÓN Sí, Eugenio, tienes razón. No es francés el que así atenta contra el suelo sagrado de la patria.

JOSEFINA Cuando pienso que han podido asesinarte...

NAPOLEÓN ¡Valor, Josefina!... Ya sabes que no me gustan los cobardes... (Parándose ante ella y hablándole en voz baja.) Una emperatriz debe ser valiente.

JOSEFINA ¿Qué dices, Bonaparte? ¿Qué intentas?

NAPOLEÓN En breve lo sabrás. Los imbéciles me han allanado el camino. Ya veo lucir en tu divina frente una corona.

JOSEFINA Bonaparte, tu ambición desmedida me llena de pavor.

BONAP. (Que no puede dominar su impaciencia.) ¿Qué hora es? (Suenan las once en el reloj de la chimenea.)

CAROLINA Las once. Aquí todo el mundo os obedece al pensamiento. Hasta los relojes.

ESCENA II

NAPOLEÓN, JOSEFINA, CAROLINA, TALLEYRAND y EUGENIO. ROUSTÁN, paseándose siempre por delante de la puerta de la derecha. FOUCHÉ, apareciendo por la puerta de la izquierda. UN CRIADO.

NAPOLEÓN (Con voz alterada.) ¿Y bien, Fouché?

FOUCHÉ Tarde, señor.

NAPOLEÓN Sea, Dios lo ha querido.

TALLEY. (El primer cónsul acaba de alzar el patíbulo entre él y la República.)

JOSEFINA ¡Desventurado príncipe! ¡Tan joven! ¿No llena el alma de piedad?

NAPOLEÓN (Irritándose por grados.) ¿La tienen ellos de mí? Mi sangre vale lo que la suya. ¡Me defiendo!

FOUCHÉ Pues claro está.

CAROLINA Lo mismo pienso yo.

NAPOLEÓN ¿El hombre de Estado, ha nacido acaso para ser sensible? ¿No es por ventura un personaje excéntrico separado casi siempre del resto de los demás hombres, con el mundo siempre en guerra? Es preciso juzgar al coloso por el conjunto de sus acciones y no por un solo hecho aislado. De cerca os atemoriza. Teméis que el menor de sus movimientos haga con vosotros lo que Gulliver, que cuando movía una pierna aplastaba con su peso a los liliputienses, pero miradle a distancia, y entonces os convenceréis de que el gran personaje que juzgáis violento y cruel no es más que un político. El se conoce, se juzga mejor que le juzgáis vosotros, pues hasta llega a calcular sus efectos. Y creedme, que las causas que los producen son siempre grandes y patrióticas.

TALLEY. ¡Qué retrato tan maravilloso acabáis de hacer del hombre de Estado, ciudadano primer cónsul! (Me parece que es la última vez que le llamo ciudadano.)

CRIADO (Por la puerta de la izquierda, llevando un rimero de cartas y folletos en una bandeja de plata.) Ciudadano primer cónsul, el correo.

NAPOLEÓN (Con su brusquedad natural.) He de trabajar, señores.

TALLEY. (A Carolina.) Lo cual significa que ha llegado la hora del desfile general. (Todos salen. Josefina, Carolina y Eugenio, por la puerta de la izquierda. Talleyrand y Fouché, por la derecha. Napo-

león se queda solo. Permanece breves instantes inmóvil en el centro de la estancia, preocupado y sombrío; pero venciendo de pronto la inquietud que le atormenta, se dirige a la mesa de la izquierda, sobre la que el criado ha dejado, momentos antes, la bandeja de plata con la correspondencia. No tarda su minucioso y escrupuloso examen de absorber su atención.)

ESCENA III

NAPOLEÓN, sentado a la mesa de la izquierda. Poco después, JOSEFINA, por la puerta de la izquierda.

JOSEFINA (Acercándose a Bonaparte con paso leve y ligero.) Bonaparte, amigo mío, ¿estás muy ocupado? ¿No puedes consagrarme algunos momentos?.... Si te molesto, me voy.

NAPOLEÓN Ya sabes, Josefina, que tú eres siempre la bienvenida para mi corazón.

JOSEFINA Gracias; tú siempre tan bueno conmigo... No sé cómo pagarte...

NAPOLEÓN (Llevándola al diván de la izquierda y sentándola a su lado.) Pero ven, siéntate... ¿Decías que no sabes cómo pagarme?

JOSEFINA Sí.

NAPOLEÓN Mirándome con esos ojos tan lindos en que brilla y arde todo el sol de los trópicos.

JOSEFINA Ya sabes que sólo para ti brillan.

NAPOLEÓN Pero hoy algo les pasa... Ellos, tan luminosos siempre, tan serenos, están empañados ahora por una nube de tristeza... ¡Tú has llorado, Josefina!

JOSEFINA Yo, no, Bonaparte... te equivocas.

NAPOLEÓN ¿Y nuevas lágrimas los nublan? ¿Qué le falta a mi Josefina?... ¿Qué nuevo collar de perlas?... ¿Qué diamantes de Golconda?... ¿Qué rubíes y zafiros de Ceylán?... ¿Qué nueva diadema de perlas y brillantes para tu frente hermosa? ¡Habla! Dime cuál es tu último capricho. Saquea-

ré al mundo entero con mi espada y lo haré tributario de tu antojo. ¡No sabes que Europa es la alfombra que ha tejido mi amor para tus pies?

JOSEFINA Bonaparte, no son perlas ni brillantes lo que ansío.

NAPOLEÓN ¿Anhelas un nuevo palacio? ¿Hay algún sitio en el mundo de que quisieras ser soberana?

JOSEFINA Sí, Bonaparte, esta vez has adivinado. Es una región muy pequeña y al mismo tiempo es tan grande... Apenas ocupa espacio en la tierra, y sin embargo la llena toda con su aliento.

NAPOLEÓN No te entiendo, amor mío.

JOSEFINA Hablo de tu corazón, ¡ingrato!, que no es todo mío, puesto que la ambición ocupa el mayor espacio.

NAPOLEÓN Creía que eran de otra calidad los celos que te atormentaban. Iba a contestarte que no quiero que mi paso por el poder sea el imperio de las mujeres. Ellas labraron la ruina de Enrique IV y la de Luis XIV. Mi oficio es mucho más serio que el de aquellos príncipes.

JOSEFINA Bonaparte, estás hablando como si fueses un soberano.

NAPOLEÓN (Sonriendo.) ¡Quién sabe, Josefina!... ¡Quizás te reserve alguna nueva sorpresa!

JOSEFINA ¡Ah, no, Bonaparte, no tientes más a la fortuna!

NAPOLEÓN Tonta, si es mi esclava.

JOSEFINA (Cubriéndose los ojos con las manos.) No... no... ¡Qué horrible visión!

NAPOLEÓN ¿Qué ves, vida mía?

JOSEFINA ¡Puñales asestados contra tu pecho! ¡Un lago de sangre entre los dos!

NAPOLEÓN Tranquilízate, Josefina... Un brillante porvenir te espera. Conmigo empezaste a subir y conmigo llegarás hasta la cumbre.

JOSEFINA ¿Y después?

NAPOLEÓN ¿Quién lee en lo porvenir? Sólo Dios.

JOSEFINA Y yo... Si supieras, Bonaparte, ¡qué sueño tan horrible tuve anoche!

NAPOLEÓN ¿Qué soñaste, amor mío?

JOSEFINA Soñé que me ceñías una corona de reina con tus propias manos.

NAPOLEÓN (Sonriendo.) ¿Y a eso le llamas un sueño horrible?

JOSEFINA Sí, Bonaparte, amigo mío, porque las joyas deslumbradoras de esa corona rica y resplandeciente iban tornándose poco a poco en espinas punzadoras que, clavándoseme en las sienes, hacían resbalar por mi rostro un río de sangre... de sangre amarga y dolorosa.

NAPOLEÓN Josefina... queman tus manos, alma mía... Tu aliento abrasa... Desecha esas ideas fúnebres de ti.

JOSEFINA Soñé también que, al mismo tiempo que me coronabas, me ibas echando de tu corazón hasta que no dejabas en él ni el hueco más pequeño para mí. Y que luego metías en mi sitio, en aquel sitio donde había vivido yo siempre tan amada, a una princesa de nacimiento, a una mujer que llevaba en sus venas sangre real. Yo no llevo en mis venas sangre de príncipes, Bonaparte... yo no soy más que una pobre mujer enamorada... ¡Bonaparte, por Dios! ¡quítame esta corona!... ¡Quítamela!... ¿No ves cómo me desgarra las sienes? ¿No ves que la sangre brota de mis heridas?

NAPOLEÓN ¡Cálmate, Josefina!

UJIER (Por la puerta de la derecha.) Ciudadano primer cónsul: una comisión del Senado.

NAPOLEÓN Que pase en seguida.

JOSEFINA (Poniéndose de pie súbitamente.) ¡Oh! siempre tu inmenso poder entre tu corazón y el mío.

ESCENA IV

NAPOLEÓN, JOSEFINA, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN, TALLEYRAND, FOUCHÉ y el MARISCAL NEY por la puerta de la derecha. CAROLINA y EUGENIO por la puerta de la izquierda. ROUSTÁN, paseándose siempre delante de la puerta de la derecha.

PRESIDEN. Ciudadano primer cónsul: ¡venimos a ofreceros, en nombre de Francia y de Italia, la corona imperial.

NEY Y yo, en nombre del ejército.

NAPOLEÓN Señores, yo la acepto muy gustoso, con la firme intención de hacer a Francia, mi querida patria, más grande y más dichosa que nunca. En cuanto a vos, mi querido general, pláceme sobremanera que el caballero sin tacha, el general tantas veces victorioso, el valiente entre los valientes, sea en estos supremos instantes el intérprete de los sentimientos del ejército. Soldado de toda la vida, nada puede enorgullecerme tanto como vuestro voto. Lo agradezco y procuraré hacerme digno de vosotros.

NEY ¡Viva el emperador!

TODOS ¡Viva!

NAPOLEÓN (Tomando de la mano a la emperatriz.) ¡Y viva la emperatriz, señores!

TODOS ¡Viva!

CAROLINA Señor Talleyrand, sois un hechicero.

TALLEY. (Sonriendo.) O un político, que da lo mismo.

ROUSTÁN (Asomándose a la puerta de la derecha.) ¡Allah grande!... ¡Bonaparte grande como él! ¡Mundo para los dos!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en el palacio de Fontainebleau. Puertas laterales y al foro. La de la derecha, que es la que conduce a las habitaciones del emperador, debe estar cerrada con llave. A cada lado de la puerta del foro, dos grandes espejos sobre dos artísticas cónsolas.

ESCENA PRIMERA

CONSTÁN, NAPOLEÓN y ROUSTÁN por la puerta del foro.

NAPOLEÓN ¿Qué silencio es este, Constán? Parece que el palacio está vacío? ¿No ha venido nadie todavía?

CONSTÁN Nadie, sire, vos sois el primero.

NAPOLEÓN ¡Vaya un modo de cumplimentar mis órdenes!

CONSTÁN Sire, a veces los correos se retrasan. Y luego, vuestra febril actividad...

NAPOLEÓN Es cierto. (¡Pero que falte también la emperatriz!)

CONSTÁN ¿Venís para algunos días?

ROUSTÁN ¡No! Venir del vivac. Volver al vivac... Vivac siempre.

CONSTÁN Sire, ¿mandáis algo?

NAPOLEÓN ¿Mandaste cambiar la cerradura de esa puerta, como te dije? (Por la de la puerta.)

CONSTÁN Sí, sire.

NAPOLEÓN ¿La llave? (Constán se la entrega.) Ya puedes retirarte. (Constán se va por la puerta del foro. Roustán se pone a pasear por el pasillo delantero. Napoleón se sienta, sombrío y meditabundo.) ¡Oh!

este imperio, nadie a quien poder transmitírselo.

ESCENA II

NAPOLEÓN, CAROLINA, envuelta en un largo abrigo de pieles. MURAT por la puerta del foro. UN UJIER.

UJIER (Anunciándoles.) Los señores duques de Berg.

NAPOLEÓN Ya es hora... Pero ¡vaya! al menos vosotros sois los primeros.

MURAT Así nos lo ha dicho Constán.

CAROLINA Pues es imperdonable que Josefina no esté aquí. A nadie debiera ceder este puesto de honor.

NAPOLEÓN ¿Y los otros? ¿En qué consiste su tardanza?

MURAT Aquí no ha pasado otra cosa sino que vuestra majestad ha llegado a Fontainebleau antes que sus correos a París.

UJIER El príncipe de Benevento. El duque de Otranto.

MURAT Ya van llegando todos.

CAROLINA Todos, menos ella.

ESCENA III

NAPOLEÓN, CAROLINA, MURAT. TALLEYRAND y FOUCHÉ, por el foro.

TALLEY. Saludo muy respetuosamente al ilustre vencedor de Wagram.

FOUCHÉ Y yo, sire.

NAPOLEÓN Bienvenido, príncipe de Benevento. Y vos también, duque de Otranto.

TALLEY. ¡Qué bullicio! ¡Qué animación dentro y fuera de palacio! La corte llega alegre y brillante como nunca. El patio del caballo blanco presenta el cuadro de los mejores tiempos de Fontainebleau.

CAROLINA Sí; pero le falta el mejor de sus ornatos, príncipe de Benevento.

TALLEY. ¿Y cuál es, si puede saberse, bellísima princesa?

CAROLINA Su majestad la emperatriz.

TALLEY. (A Fouché.) Carolina tiene la cabeza de Maquiavelo sobre el cuerpo de una mujer hermosa.

UJIER Su majestad la emperatriz.

TALLEY. Tenéis virtud de evocación, princesa.

ESCENA IV

NAPOLEÓN, CAROLINA, MURAT, TALLEYRAND, FOUCHÉ y la EMPERATRIZ JOSEFINA. Dos pajes entran primero y tienden una alfombra por donde ha de pasar.

JOSEFINA (Saludando a todos con una ligera inclinación de cabeza.) Señores... (Todos se inclinan respetuosamente. El saludo de Carolina es altanero y casi imperceptible.) Napoleón, ¿hace mucho tiempo que has llegado?

NAPOLEÓN Desde que estoy ausente debe haberse hecho mucho más largo el camino de Fontainebleau.

JOSEFINA Pues en cuanto recibí tu despacho me puse en camino.

NAPOLEÓN No, si no me quejo. Es tan natural que las brillantes fiestas de París hagan olvidar al pobre soldado que vive la mayor parte del año cubierto de barro y de sangre en los campos de batalla.

JOSEFINA ¡Napoleón!

NAPOLEÓN (Poniéndose en pie.) ¡Gran emperatriz: dignaos ocuparos otra vez un poco más de vuestro esclavo! (Sale por la primera izquierda pegando un fuerte portazo tras sí. Después de la salida de Napoleón, una gran frialdad invade la escena y envuelve a Josefina.)

ESCENA V

CAROLINA, MURAT, TALLEYRAND, FOUCHÉ, JOSEFINA, CORTESANOS 1.°, 2.° y 3.°

TALLEY. (A Fouché y cortesanos, que forman grupo aparte, a la derecha de Josefina. Murat, solo, en el fondo del escenario.) El astro declina.

FOUCHÉ Se acerca a su ocaso.

CAROLINA (El triunfo es mío.)

CORTES. 1 ¿Habéis visto con qué aspereza la habló?

CORTES. 2 Echaba rayos por los ojos.

CORTES. 3 Esto es el divorcio.

MURAT (¡Pobre mujer! ¡Cuán grande es su martirio!)

JOSEFINA (Yendo hacia Talleyrand.) Dime, Talleyrand: ¿qué te ha dicho el emperador de mí? ¿Qué planes tiene?

TALLEY. (Con glacial reserva. Sin mirarla siquiera.) No me los comunica.

JOSEFINA Y tú, Fouché, ¿qué me dices?

FOUCHÉ Ni a mí.

JOSEFINA Dirigiéndose inconscientemente a Carolina.) ¿Y tú?... ¡Ah, no, tú no... (A los tres cortesanos, con soberano desprecio.) En cuanto a vosotros...

CORTES. 1 (Llevándose a la boca el pulpejo del dedo.) ¡Ni ésto!

CORTES. 2 Nada.

CORTES. 3 Absolutamente nada.

JOSEFINA (¡Ah! viles cortesanos. ¡Siempre lo mismo!... Flexibles, rastreros como serpientes en los días de oro del poder; mudables, tornadizos como el viento, en las horas negras del infortunio... ¡Dios mío! Cuánto pesa una corona. (Llevándose el pañuelo a los ojos para enjugarse una lágrima.) Pero no he de daros el placer de mis lágrimas. ¡Aun no habéis vencido, villanos! Mi poder es muy grande.) ¡Paso!

¡Paso a la emperatriz, señores! (Todos le abren paso y se inclinan respetuosamente, subyugados por su majestad. Josefina sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI

CAROLINA, MURAT, TALLEYRAND, FOUCHÉ, CORTESANOS 1.°, 2.° y 3.°

FOUCHÉ Soplan malos vientos para la emperatriz en el palacio de Fontainebleau.

TALLEY. El divorcio, tantas veces aplazado, de cuando en cuando diferido, me parece inevitable.

CORTES. 1 Inminente, decid más bien.

CAROLINA ¡Pues ya lo creo!

CORTES. 1 Sí, sí: inminente.

TALLEY. La verdad es que su actual matrimonio perjudica los planes de engrandecimiento del emperador.

FOUCHÉ Y la marcha desembarazada de su política.

CAROLINA Sin embargo, aun podría escapar al riesgo que la amenaza. Josefina posee un talismán de amor que la defiende de las veleidades y mudanzas de su marido.

TALLEY. Y luego su voz.

FOUCHÉ Sí; su voz de criolla, acariciadora y dulce.

TALLEY. Que parece un arrullo de tórtola.

FOUCHÉ Y un gemido perpetuo de amor.

CAROLINA Señores, no estáis poco poéticos. ¡Vaya un entusiasmo! Se conoce que no os habéis fijado en su dentadura.

FOUCHÉ Indigna de aquellos labios de carmín.

CAROLINA Por eso se ríe siempre con la boca cerrada.

MURAT (Acercándose al grupo.) Pero, perdonadme, señores: estáis hablando de todas esas fútiles exterioridades y nada decís de su

alma buena, generosa y pura; de lo feliz que ha hecho al emperador.

CAROLINA (Con una mirada terrible.) ¡Harías mejor en callarte! ¿Tú qué entiendes de estas cosas?

MURAT ¡Pero, mujer!

CAROLINA Mejor es que te calles. (Murat se retira con aire de forzada resignación y se pone a dar vueltas por el foro.)

TALLEY. Parece mentira, señores. (A todos menos a Carolina.) Este hombre, tan terrible al frente de una carga de caballería, tiembla como un perrillo faldero delante de su mujer.

CORTES. 1 ¡Ja, ja!...

CORTES. 2 Hay tantos maridos así.

CORTES 3. Por eso yo no me enmarido.

UJIER El príncipe Eugenio.

CAROLINA (Me voy. No quiero verle.) Señores, permitidme que me retire. Estoy muy fatigada.

TALLEY. (Ofreciéndole el brazo.) Princesa: concededme el alto honor de acompañaros hasta la puerta de vuestras habitaciones.

CAROLINA (Aceptando el brazo.) Con mucho gusto, príncipe. (Salen por la segunda puerta de la izquierda.)

MURAT ¿Y vos, Fouché?

FOUCHÉ Sí, también me retiro. Me parece que todos tenemos necesidad de descanso. ¿Verdad, señores?

CORTES. 1 Sí, duque.

CORTES. 2 Habláis como un libro.

CORTES. 3 Abierto.

MURAT (A Fouché.) Creedme, duque, que me fatiga más una jornada de posta que una carga de caballería. (Salen por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA VII

EUGENIO. Después, NAPOLEÓN.

EUGENIO ¡Qué soledad! ¿Dónde se ha metido esa gente? (Se dirige hacia la segunda puerta de la izquierda.)

NAPOLEÓN (Saliendo por la primera puerta izquierda.) Quédate, Eugenio. He de hablar contigo.

EUGENIO Estoy, sire, a vuestras órdenes.

NAPOLEÓN Reconozco que es muy triste, muy doloroso, lo que voy a exigir de tu lealtad, de tu respeto, de tu cariño filial hacia mí...

EUGENIO Hablad, sire, sin reparos. ¡Qué no sería yo capaz de hacer por vos!

NAPOLEÓN Lo sé, Eugenio, lo sé; pero hoy voy a poner a muy dura prueba tu cariño.

EUGENIO No vaciléis. Mi cerebro está para obedeceros; mi brazo está para serviros.

NAPOLEÓN Pues bien, Eugenio: ha llegado el tristísimo momento en que debo separarme para siempre de tu madre, contraer segundas nupcias con una princesa que lleve en sus venas sangre real. La razón de Estado, el porvenir de mi imperio así lo exigen.

EUGENIO ¿Luego son ciertos los rumores que circulan por palacio?

NAPOLEÓN Sí; mi corazón se desgarra, se hace mil pedazos al tener que abandonar a la mitad del camino a la que ha sido la compañera de los mejores años de mi vida; pero no está en mi mano el eludirlo. Necesito un hijo para que herede mi imperio, y tu madre no me lo puede dar.

EUGENIO ¿Y bien, sire, qué queréis de mí?

NAPOLEÓN Tu madre se resiste, como es natural, a la triste separación. Tú puedes convencerla... llevar a su ánimo la imprescindible necesidad de esta separación... Tú puedes hablarle como hijo. Yo tendría que hablarle siempre como soberano.

EUGENIO ¿Es que sueñan mis oídos, o sois realmente vos el que me hace a mí semejante proposición?

NAPOLEÓN ¡Cómo!... ¿Te niegas?

EUGENIO Sí; vos no podéis exigirme, sire, que sea yo mismo el que clave el puñal en el corazón de mi madre.

NAPOLEÓN ¿Y si yo te lo mandara?

EUGENIO Os desobedecería.

NAPOLEÓN (Con voz terrible.) ¡Eugenio!

EUGENIO (¡Oh, madre mía!)

NAPOLEÓN ¿Olvidas que me debes sumisión y vasallaje?

EUGENIO Me despojaré de mi espada; renunciaré a todos mis honores.

NAPOLEÓN Aun así seguirás siendo mi vasallo, tendrás que acatar mis órdenes.

EUGENIO Saldré de Francia... Me iré a otras tierras donde el cariño y la lealtad logren mejor recompensa.

NAPOLEÓN Eugenio, no olvides que todo me lo debes.

EUGENIO Nada os debo, sire... Acabáis de borrar con una sola palabra todos vuestros beneficios.

NAPOLEÓN Eugenio, ese lenguaje...

EUGENIO Es el de un soldado, sire, que no sabe más que batirse y cumplir con las leyes sagradas del honor.

NAPOLEÓN (¡Qué entereza! ¡Qué alma tan hermosa!) Eres un vasallo muy malo; pero en cambio eres un hijo excelente, y eso te reconcilia conmigo.

EUGENIO (Hincando la rodilla.) ¡Perdón, sire!

NAPOLEÓN ¡No! ¡A mis brazos! ¡Contra mi corazón!

EUGENIO (Arrojándose en ellos.) ¡Sire, os habéis mostrado más grande que nunca!

NAPOLEÓN Sí; pero voy a darte un consejo. Que esto nunca más se repita. Hoy ha hablado el padre y ha callado el emperador; pero mañana hablará el emperador y ca-

llará el padre. (Le hace seña de que se retire. Eugenio sale por la segunda izquierda.)

ESCENA VIII

NAPOLEÓN, TALLEYRAND, FOUCHÉ, MURAT, CORTESANOS 1.°, 2.° y 3.° y cortesanos.

CORTES. 1 Sire: ¿es cierto lo que se murmura por palacio?

NAPOLEÓN ¿Qué dicen mis buenos vasallos de Fontainebleau?

CORTES. 2 Se habla de vuestro divorcio con la emperatriz.

CORTES. 3 Se juzga ya como cosa hecha.

CORTES. 1 Ineludible.

NAPOLEÓN Sí; es cierto, aunque muy doloroso para mí. La razón de Estado, el bien de Francia me lo imponen.

CORTES. 1 Claro está.

CORTES. 2 Eso a la vista está.

CORTES. 3 Un ciego lo vería.

TALLEY. ¿Y tenéis ya fijas vuestras miradas en alguna de las princesas por merecer de las cortes de Europa?

NAPOLEÓN La archiduquesa de Austria. Vais a verla. (Desaparece por la primera puerta de la izquierda, y vuelve al poco rato, cuando lo indique el diálogo, con una miniatura de la archiduquesa María de Austria, guarnecida de brillantes.)

TALLEY. La verdad es que la alianza del emperador con la casa de Lorena le resta a la coalición no escasas fuerzas.

MURAT Y sume en la desventura a una pobre mujer enamorada.

FOUCHÉ ¡Bah! Eso es sentimentalismo puro.

CORTES. 1 Romanticismo huero.

CORTES. 2 Trasnochado.

CORTES. 3 Mandado ya recoger.

NAPOLEÓN (Entrando.) Aquí está. (Todos se agrupan al rededor de Napoleón para examinar mejor el retrato.) Es una guapa moza, ¿verdad?

TALLEY. ¡Soberana mujer!
FOUCHÉ Rubia como unas candelas.
TALLEY. La frente tersa y despejada.
FOUCHÉ Los ojos azules.
TALLEY. El labio grueso y abultado.
NAPOLEÓN El labio austriaco, Talleyrand.
FOUCHÉ El seno opulento.
NAPOLEÓN El seno de las buenas madres.
TALLEY. Dios quiera que se cumplan muy pronto los deseos de vuestra majestad y que la nueva emperatriz dé muy pronto el niño imperial que asegure el porvenir de vuestra raza.
NAPOLEÓN Y luego, es muy instruída. Sabe el inglés, el alemán, el turco, el bohemio, el español, el italiano, el francés y el latín.
TALLEY. ¿Y nada más?
NAPOLEÓN ¿Qué te parece, Talleyrand?
TALLEY. Sire, que sabe demasiado.
NAPOLEÓN Y tú, Murat, ¿no me dices nada? Estás mudo, sombrío.
MURAT Sire, yo debo deciros, con mi ruda franqueza de soldado, que no apruebo la conducta de vuestra majestad.
NAPOLEÓN ¡Cómo!
TALLEY. ¡Qué ha dicho!
FOUCHÉ ¡Qué audacia!
CORTES. 1 ¡Qué insolencia!
CORTES. 2 ¡Está loco!
CORTES. 3 ¡Oh, pero de remate!
MURAT Sire, en Francia, el pueblo y el ejército no verán con buenos ojos vuestro divorcio con la emperatriz Josefina. El ejército la venera y el pueblo la adora.
TALLEY. Es cierto.
MURAT Sire, su nombre va unido a vuestras más puras glorias. Con vos compartió los laureles de Rívoli, de Marengo y de Wagram. Vos no podéis abandonar en la más alta cima del poderío a la que unió a vos su destino en los obscuros albores de vuestra carrera..

CORTES. 1 Nada, que está loco de atar.

MURAT Semejante acción no sería digna de un emperador ni de un caballero.

NAPOLEÓN (Con voz terrible.) ¡Murat, tu espada!

MURAT (Entregándosela.) Sire, es la de Aboukir. Nunca brilló a la luz sino en defensa vuestra.

NAPOLEÓN Pasa al cuarto de banderas y espera allá mis órdenes.

CORTES. 2 No doy un sueldo por su cabeza.

CORTES. 3 ¡Cáspita! Ni yo.

CORTES. 1 Me huele a pólvora.

NAPOLEÓN Señores, retiraos. Ya es hora de descansar. (Todos salen. Napoleón abre la primera puerta de la izquierda y vuelve a cerrar con llave tras sí.)

ESCENA IX

JOSEFINA, que sale por la primera puerta de la derecha en una riquísima bata de dormir.

No se oye el más mínimo ruido... Todo duerme en Fontainebleau... Napoleón debe haberse retirado también. (Yendo a uno de los espejos.) A ver cómo estoy... El llanto no ha empañado todavía el brillo de mis ojos... Aun soy hermosa... Es la hora del amor, de los dulces abrazos, de las caricias tiernas, y mientras yo tenga esta llave (Saca una del bolsillo de la bata.) no os temo, enemigos envidiosos de mi dicha... El triunfo ha de ser mío... Mañana Napoleón volverá a estar a mis pies rendido, galán, enamorado como siempre. (Volviéndose a mirar al espejo.) Sí... sí... estoy muy bien... tentadora, irresistible, como él dice. Vamos allá. (Dirigiéndose hacia la primera puerta de la izquierda.) También yo sé ganar batallas. Si él rinde pueblos, yo rindo corazones. (Metiendo la llave en la cerradura. Forcejea inútilmente algunos segundos sin poder introducirla en el ojo de la cerra-

dura.) Pero ¿qué es esto?... ¡Dios mío! ¿Habré tomado una llave por otra? (Examinándola.) No; es ésta. (Nuevos e inútiles esfuerzos para introducirla.) ¡Ah pérfido, ha cambiado la cerradura. Huye de mí como en el hotel de la calle de Chanteraine. (Poniéndose a hablar con Napoleón por el ojo de la llave.) Oye, Napoleón; esperaba con afán esta hora bendita de nuestras confidencias y caricias. ¡Ingrato! ¡Me has hecho llorar hoy tanto!... Deseaba que secases con tus besos, como otras veces, las lágrimas de mis ojos... Y me cierras tu puerta y no quieres verme... ¡Y tengo tantas cosas que decirte; pero sobre tu pecho! ¡Contra tu corazón! (Pausa breve.) ¿No me contestas, Napoleón? Y, sin embargo, oigo desde aquí tu respiración fatigosa. (Otra pausa.) ¿No me abres? Pues oye: ¿te acuerdas de aquel puñalito tan lindo que me trajiste de Egipto, con el puño guarnecido de brillantes, y que una reina egipcia llevaba siempre en su seno, para clavárselo en el corazón el día que dejara de amarla su marido? (Sacándole del seno.) ¡Mira... aquí le traigo... brilla en mi mano. Si no abres en el acto esa puerta, te juro, por los días venturosos de nuestro amor, que caigo bañada en sangre en su mismo dintel! (Se abre la puerta y aparece Napoleón en el umbral, ceñudo y sombrío, cruzado de brazos.)

ESCENA X

JOSEFINA y NAPOLEÓN

NAPOLEÓN ¿Qué quieres? Aquí me tienes.
JOSEFINA Hablarte... verte... ¡Ah ingrato!
NAPOLEÓN Josefina, rehusaba toda explicación contigo; pero tú lo has querido, ¡sea! De

todos modos, siempre será mejor que yo te lo diga.

JOSEFINA No me vengas ahora con asuntos serios. El día, para el afán; la noche, para el reposo, para las pláticas dulces, para las caricias tiernas.

NAPOLEÓN (¡Dios mío! Cuán agria la cuesta de este calvario.)

JOSEFINA Huyes de mí, no me lo niegues, y, sin embargo, ningún agravio te he hecho. Pueden ya más en tu pecho las hablillas de los demás que el cariño de tu Josefina.

NAPOLEÓN No; te engañas. Nadie influye en mi ánimo. Mi alma es tan libre como el aire, como las altas cimas de los montes, como la azul superficie del océano.

JOSEFINA ¿Cuál es la causa de tu enojo, entonces?

NAPOLEÓN Josefina, ¿para qué martirizarnos, para qué desgarrarnos más el alma de este modo? Ha llegado la hora de nuestra separación.

JOSEFINA Ha llegado. ¿Y por qué?

NAPOLEÓN Porque las esperanzas de sucesión que tenía puestas en ti se han malogrado, y necesito un hijo para mi imperio.

JOSEFINA Dos te llevé cuando nuestro matrimonio: Eugenio y Hortensia. No dirás que he sido avara.

NAPOLEÓN Pero para imponerme a Europa y continuar mi obra tendrían que llevar mi misma sangre.

JOSEFINA Pero ¡yo me vuelvo loca! ¿Y yo no te he dado un hijo amándote tanto? ¿Acaso es mía la culpa?

NAPOLEÓN Oye. Llegaba yo a Polonia por primera vez. Venía de Pultuk y entré en Varsovia, ceñida la frente de laureles que acababa de recoger en mi marcha triunfal por Europa. Un entusiasmo delirante y frenético me acogía por donde quiera que pasaba. De pronto llegó hasta mi coche, rompiendo valerosamente las olas alboro-

tadas de la muchedumbre, una joven de deslumbrante belleza, y arrojó a mi coche un ramo de frescas flores. Era María Waleska.

JOSEFINA Sí, tu mujer polonesa, como la han llamado.

NAPOLEÓN Me atrajeron su juventud y su hermosura. La victoria fué fácil. Polonia entera la arrojó a mis brazos como el precio de su rescate. De ella tuve un hijo. Ninguna duda sobre la paternidad.

JOSEFINA ¿Lo ves? Nunca me has amado a mi sola.

NAPOLEÓN El destino es implacable, querida Josefina. Nuestro amor, por desgracia, ha sido infecundo. Mi poderoso imperio se extiende desde el océano bretón a los mares de Grecia, desde el Tajo hasta el Elba, y a estas horas no tiene todavía quien lo herede.

JOSEFINA ¡Oh! ¡Maldita yo! ¡Maldita mi esterilidad!... Y, sobre todo, esa Carolina...

NAPOLEÓN Te equivocas.

JOSEFINA No, Napoleón; la atmósfera de tu palacio no puede ser más hostil para mí. Tus hermanas me odian a muerte, tus cortesanos me desamparan y me venden. No falta más sino que tú me eches de tu corazón.

NAPOLEÓN Piensa que nuestro divorcio ha de ser únicamente oficial.

JOSEFINA ¿Y a eso le llamas divorcio? ¡Llámale por su nombre, cruel! Eso es una repudiación en toda regla. ¿Vas a tomar por modelo a Enrique VIII de Inglaterra?

NAPOLEÓN No, Josefina; aquí no se trata ni de repudiación ni de abandono. Se trata de algo mucho más grande y más hermoso. Dime, ¿no se siente tu alma, grande y bella, capaz del sacrificio?

JOSEFINA Sí..., sí..., por ti me siento capaz de todo, de todo menos de una cosa.

NAPOLEÓN Cuanto más me ames más capaz serás de sacrificarte por mí.

JOSEFINA Nosotras las mujeres no entendemos más que de amor. Ese es nuestro universo. ¿Qué es la razón de Estado junto a él? La choza al pie de la montaña.

NAPOLEÓN Tendrá que acordarse, al fin, el amante de que es emperador.

JOSEFINA ¡Ah! Ya veo que las viles calumnias de Carolina han hallado eco en tus oídos.

NAPOLEÓN ¡Jamás! La imagen de Napoleón es demasiado grande para que quepa junta con otra en el corazón de una mujer.

JOSEFINA Entonces, ¿por qué me sacrificas? ¿No sientes remordimientos?

NAPOLEÓN Los hombres como yo marchan derechos a su destino. Para ellos no hay vallas... no hay obstáculos. ¿Qué sabe el huracán de las flores que troncha a su paso?

JOSEFINA ¡Napoleón, me das miedo! ¡Qué abismos tan negros hay en tu alma!

NAPOLEÓN ¡Me provocas! Pudiendo mandar, suplico, ¿y te resistes? Pues bien, ¡basta! ¡Lo mando! ¡Lo exijo!

JOSEFINA En trece años que nos conocemos y nos amamos siempre me has visto sumisa a tus órdenes, ¿no es cierto, Napoleón?

NAPOLEÓN Sí, es verdad; no puedo negarlo.

JOSEFINA Pues ahora no te obedezco, ¡no!

NAPOLEÓN ¿Por qué?

JOSEFINA ¡Cruel! ¿No ves que es mi sentencia de muerte? Napoleón, acuérdate de los primeros días de nuestro amor, cuando tú no eras más que el pobre general vendimiario, y nada se te importaba de un hijo para la suerte del imperio, y era yo todavía tu Josefina, la mujer amada más que ninguna, frenéticamente cubierta de besos y de caricias.

NAPOLEÓN (Visiblemente conmovido.) Calla, calla...

JOSEFINA Oye, Napoleón: ¿por qué, si sientes limpia tu conciencia, no vienes aquí a mi

lado? ¿Por qué no me dices todas esas cosas frente a frente, tus manos en las mías, tus ojos en mis ojos.

NAPOLEÓN (Mi fortaleza vacila... Su voz, como siempre, se enseñorea de mi corazón.)

JOSEFINA Napoleón, todavía no es tarde. Espera... ¿No quieres un hijo? Pues bien... Yo te lo daré. ¡Me siento capaz hasta de un milagro!... ¿No dices tú que la voluntad es tan poderosa? Cuando tú dices «quiero» derriban a tus pies las frentes las naciones. A mí también se me ha pegado algo de mi marido. Yo también diré: quiero, y mis entrañas estériles se tornarán fecundas.

NAPOLEÓN Ya es tarde, Josefina.

JOSEFINA (Cayendo de rodillas.) ¡Piedad, Napoleón! ¡Piedad! ¡Si esto es horrible! ¿Ha llegado la hora de nuestra separación, de nuestro divorcio? ¿Se cumple al fin esta espantosa amenaza cuyo temor ha envenenado toda mi vida, pendiente siempre sobre mi cabeza, aun en los tiempos en que más me sonreía la fortuna?

NAPOLEÓN Sí, Josefina.

JOSEFINA ¡No verte todos los días ni estar aquí para verte al llegar! ¡No estar aquí para verte al salir! ¡Virgen santa! ¡Qué obscuro está el cielo! ¡Qué obscuro mi corazón! ¡No veo! ¡No veo!

NAPOLEÓN ¡Ah! ¡No; basta! ¡Esto es horrible! (Se mete apresuradamente en su cuarto y cierra tras sí la puerta.)

JOSEFINA ¡Napoleón! ¡Oye! ¡Espera! ¡Yo me vuelvo loca! ¡Bonaparte! ¡Bonapar...! (Queda al suelo desmayada.)

ESCENA XI

JOSEFINA, desmayada en el suelo. CORTESANOS 1.°,, 2.° y 3.°

CORTES. 1 ¿Habéis oído?

CORTES. 2 Rumor de voces.

CORTES. 3 Gritos.
CORTES. 1 Gemidos.
CORTES. 2 Ayes de dolor.
CORTES. 3 Ved.
CORTES. 1 ¡La emperatriz desmayada!
CORTES. 2 El divorcio.
JOSEFINA (Volviendo en sí.) ¿Qué es esto? ¿En dónde estoy? (Incorporándose a medias y llevándose la mano al corazón.) ¡Qué horrible dolor es éste? ¡Ay, parece que algo se ha paralizado en mi corazón, que algo se ha roto en mis entrañas! ¡Oh, sí, Napoleón, el divorcio! ¡Estoy perdida! (Hace esfuerzos inútiles para levantarse.) No puedo... Mi cuerpo pesa más que una losa de plomo. Es el cuerpo de una muerta. ¿Qué nube ésta que me vela los ojos? Es una nube de sangre. (Fijándose en los tres cortesanos.) Señores, por favor, el brazo.
CORTES. 1 Señora, yo.
CORTES. 2 Yo, señora.
CORTES. 3 Nosotros, señora.
JOSEFINA Antes de sumergirse un buque en las aguas, los inmundos animales que infectan sus entrañas son los primeros en subirse a lo más alto de los palos.
CORTES. 1 ¿Qué dice?
CORTES. 2 Está loca.
CORTES. 3 Pues vaya un simil.
JOSEFINA ¿Y sois franceses? ¿Y lleváis espada al cinto?

ESCENA XII

JOSEFINA, CORTESANO 1.°, IDEM. 2.°, IDEM. 3.° y NAPOLEÓN, que sale de improviso por la segunda derecha.

NAPOLEÓN ¡Canalla palaciega! Josefina, ven. Mi brazo. (A los cortesanos, que le contemplan estupefactos y llenos de terror.) ¡Paso, señores, a la emperatriz de Francia!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Plaza en Arcis-sur-Aube. A la derecha, soldado inválido del ejército napoleónico con una pierna de palo y al lado de la linterna mágica con que va de pueblo en pueblo enseñando vistas de la vida guerrera del emperador y relatando sus maravillosas hazañas. Al son de un clarinete y de un tambor congrega a la gente al rededor de su linterna. Arcisenses de ambos sexos acuden al son del sonoro y marcial llamamiento de todos los extremos de la plaza, y se detienen y forman grupos delante de la linterna del soldado lisiado, con la satisfacción pintada en los semblantes.

ESCENA PRIMERA

UN SOLDADO INVÁLIDO. ARCISENSES 1.° y 2.°, pueblo y dos soldados.

INVÁLIDO Señores, van ustedes a presenciar, por la ínfima cantidad de un sueldo, el espectáculo más interesante y pintoresco que registraron nunca los siglos. Sí, señores, van a desfilar como por arte de encantamiento, ante vuestros maravillados ojos, todas las peripecias, aventuras y gloriosos combates de la vida, así civil como militar, política, administrativa, agrónoma y privada, de S. M. Napoleón I, emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederación del Rhin y caballero de la legión de honor. ¡Y todo por un sueldo nada más! ¡Un suel-

do nada más! (Pausa breve.) Ya pueden ustedes acercarse, señores. El espectáculo va a empezar. Un sueldo nada más. Un sueldo nada más. (Dos o tres aldeanos echan mano al bolsillo y le dan el sueldo requerido al soldado inválido, y se preparan a mirar por el cristal de la linterna mágica las vistas que va a hacer desfilar ante sus ojos. Otros les imitan y se ponen a mirar por detrás de sus hombros.) Señores, van ustedes a presenciar ahora el paso de los Alpes por Napoleón y su glorioso ejército, el hecho más atrevido del mundo moderno y del antiguo. ¿Veis, señores, esa cadena de montañas que se divisan allá en el fondo? Pues son los Alpes, cuyas cimas están eternamente nevadas. Fijaos en sus soldados, que están al pie, casi desnudos, sin zapatos, y lo que es peor, y aquí no se ve, con un hambre de ocho días en el estómago. Un sargento les habla. ¿Sabéis lo que les dice? «Camaradas: el general Bonaparte lo ha dicho: con hierro y con pan se puede ir hasta la misma China, pero no ha hablado de zapatos.» (Todos se rien.) ¿Veis, a la izquierda, a aquel joven vestido de negro, con la espada al aire, que arenga a los soldados? Pues es Bonaparte. Por cierto que el emperador no era entonces más que un muchacho flaco y melenudo, y con dos ojos que lucían como brasas en el rostro pálido y anguloso. El emperador les dice: «Soldados: estáis desnudos y hambrientos, pero voy a llevaros a los campos más fértiles del mundo; allí encontraréis ciudades populosas y ricas provincias, allí tendréis gloria y botín. Soldados de Italia: ¿os faltará valor?» ¿Veis cómo agitan todos las manos? Es que le aclaman con entusiasmo frenético. (Aparecen dos soldados por la derecha.) Y el ejército empieza a des-

filar por el valle que deslinda los últimos picos de los Alpes y los Apeninos.

ARCIS. 1 ¿Soldados?

ARCIS. 1 Es cierto.

ARCIS. 2 El emperador no debe estar muy lejos.

SOLDADO (Cargándose a la espalda la linterna mágica.) Pues, señor, vámonos con la música a otra parte. (Desaparece por la derecha.)

ESCENA II

SOLDADO 1.°, IDEM. 2.°, ARCISENSE 1.°, IDEM. 2.°, arcisenses de ambos sexos y edades. Todos rodean a los soldados.

ARCIS. 1 Decid, soldados: pertenecéis a alguno de los regimientos que manda el emperador?

SOLDA. 1 Sí, camarada; ¿qué se te ofrece?

ARCIS. 2 Vos le habréis visto muy a menudo y de cerca, ¿no es cierto?

SOLDA. 1 Y a la misma distancia que estoy ahora de ti.

ARCIS. 1 ¿Y cómo es, decidme?

SOLDA. 1 (Rascándose la cabeza.) El emperador es... el rayo.

SOLDA. 2 Y el trueno, que son una misma cosa.

SOLDA. 1 ¿Crees en Dios?

SOLDA. 2 ¿Y en la Virgen?

ARCIS. 1 ¡Pues no faltaba más!

SOLDA. 1 Pues el emperador es de la misma familia.

ARCIS. 1 ¿Y de dónde venís?

SOLDA. 1 De batirnos.

ARCIS. 1 ¿Y a dónde vais?

SOLDA. 2 A batirnos. (Salen por la derecha.)

ESCENA III

ARCISENSE 1.°, IDEM 2.°, arcisenses de ambos sexos y edades y PEDRO LATOUR, por la izquierda, con un fusil al hombro.

ARCIS. 1 ¡Pedro Latour!

PEDRO El mismo que viste y calza.

ARCIS. 2 ¿Vas de caza?

PEDRO De cosacos.

ARCIS. 1 ¡Atiza!

ARCIS. 2 ¿Tú solo?

PEDRO Amigos míos, en verdad es vergonzosa la inacción en que os hallo. Cuando el enemigo mancha con los cascos de sus caballos el sagrado suelo de la patria; cuando roba nuestros hogares y viola nuestras mujeres; cuando lucha por imponernos su ominoso yugo; cuando sus hordas salvajes se hallan casi a las puertas de París; cuando el mismo emperador ha arrojado su cetro para empuñar su espada, vosotros mantenéis el brazo inerte cual débiles mujerzuelas y matáis vuestros ocios en las plazuelas públicas en recreos impropios de varones, sin que el sonrojo escalde vuestras mejillas ni la indignación abrase vuestras almas. ¡Empuñad sin tardanza los fusiles, y si no los tenéis, las rejas de vuestros arados, las hoces con que segáis vuestras mieses, los rastrillos con que espurgáis vuestras tierras. Que cada encrucijada, que cada matorral, que cada vericueto se convierta en foco de destrucción y de esterminio que vomite el terror sobre sus huestes! ¡Pensad que así defendemos nuestras hermanas, nuestras hijas, nuestras esposas y nuestras madres! ¡El cielo azul que nos cobija y los campos que nos alimentan!

ARCIS. 1 Tiene razón.

TODOS ¡Viva el emperador! ¡Viva Pedro Latour!

PEDRO No, amigos míos: ¡Viva Francia! (Comienza un vivo cañoneo, que se repetirá de cuando en cuando, a juicio del director de escena, durante toda la duración del cuadro.)

ESCENA IV

Dichos, JUANA y ANTONIA. ALDEANOS 1.° y 2.°

JUANA ¡Qué mañana tan hermosa, Antonia!

ANTONIA Es verdad, madre.

ARCIS. 1 ¿No oís? El cañoneo suena ahora por la parte de Troyes.

ARCIS. 2 Sí, es cierto. Dicen que se ha batido el cobre de lo lindo. El emperador ha derrotado a los aliados ocasionándoles una pérdida de seis mil hombres y tomándoles toda la artillería.

ARCIS. 3 Loado sea Dios. Parece mentira, con tan pocas fuerzas, ciento cincuenta mil hombres contra seiscientos mil. La Virgen bendita está con él. (Se oye a lo lejos rumor confuso de voces y galope de caballos.)

ARCIS. 2 Se oye un gran tropel de gente que se acerca.

ARCIS. 3 Y a caballo.

ARCIS. 1 ¡Los cosacos! (Un grupo de aldeanos invaden la escena.)

ALD. 1 Ya viene.

ALD. 2 Ya está aquí.

JUANA ¿Quién?

ALD. 2 El emperador.

PEDRO ¡Bendito sea Dios! Estamos salvados.

ESCENA V

PEDRO LATOUR, ARCISENSE 1.°, IDEM. 2.°, IDEM. 3.°, ALDEANO 1.°, IDEM. 2.°, IDEM. 3.° y NAPOLEÓN, seguido de ROUSTÁN, BERTHIER, un grupo de oficiales y un pelotón de soldados. UNA VIEJA. JUANA y ANTONIA.

NAPOLEÓN (Saludando militarmente.) Salud, buenas gentes; vengo a establecer aquí mi cuartel general por algunas horas si es que me lo permitís.

TODOS ¡Viva el emperador!

VIEJA Nunca os había visto, aunque siempre oía hablar de V. M. Permitid a esta pobre vieja que os bese la mano, esa mano que tan grande ha hecho a Francia y que hoy va a librarnos del yugo del extranjero. (Napoleón, por toda respuesta, la abraza y la besa en ambas mejillas.)

NAPOLEÓN (Con su brusquedad habitual.) Buena mujer, dispensad, pero no estamos para perder el tiempo. El enemigo nos espera. A ver, necesito una mesa.

JUANA ¿Señor, sirve esa?

NAPOLEÓN Ya lo creo. (A Roustán.) A ver, el mapa. (Roustán le entrega uno.)

JUANA Señor, ¿no vais a comer algo antes?

NAPOLEÓN Para comer estamos ahora. Se trata de arrojar de aquí a los cosacos. (Se inclina de pie ante el mapa y empieza a estudiarlo. Roustán se pone a dar vueltas al rededor de Antonia, echándole miradas incendiarias y sonriendo con todos sus dientes.)

ANTONIA (Asustada.) Madre, ¿quién es este hombre?

ROUSTÁN Yo, mameluco. Allah mi dios... Mahoma mi profeta... Yo muy valiente... Ganar batalla de Aboukir.

JUANA No tengas miedo, Antonia. ¿No ves que va con el emperador? (Roustán abraza a Antonia e intenta darle un beso; ésta se desprende vivamente de sus brazos.)

ANTONIA ¡Madre!

JUANA ¡Eh, amigo; cepos quedos!

ROUSTÁN Niñas bonitas, botín guerra soldado... Muy dulce un beso entre bala y bala.

NAPOLEÓN (Levantando la cabeza del mapa.) La verdad es que la situación no puede ser más crítica. El imperio está invadido por todas partes: los austriacos avanzan por Italia, los ingleses acaban de pasar el Bidasoa y aparecen en las cimas de los Pirineos. Schavartzemberg, con ciento cincuenta mil hombres, desemboca por Suiza. Blucher ha entrado por Frankfort con ciento

treinta mil hombres, al paso que Bernardotte invade la Holanda y penetra en Bélgica con diez mil suecos y sajones. Total, seiscientos mil hombres formados por sus derrotas en mi misma escuela avanzan hacia el corazón de Francia con la vista puesta en París. Y yo solo contra el mundo entero. ¿De cuántos hombres podemos disponer?

BERTHIER Señor, de ciento cincuenta mil apenas.

NAPOLEÓN Muy pocos son, pero no importa. Ya tengo formado mi plan. Volveré a derrotarlos.

JUANA Señor, ¿vais a comer ahora?

NAPOLEÓN No. Ya lo haré más tarde. Prefiero ahora dormir un rato. (Se sienta en una de las sillas que hay al lado de la mesa, reclina la cabeza sobre los brazos y al cabo de poquísimo tiempo queda profundamente dormido.)

ANTONIA Madre, el emperador se ha quedado dormido.

JUANA ¡Qué pronto!

ROUSTÁN Siempre... En seguida... Dormirse cuando quiere... Despertarse cuando quiere...

JUANA Oye, tú, mameluco. (A Antonia.) ¿No es así como dice que se llama?

ROUSTÁN No, no... Yo no llamarme mameluco... Ser mameluco... Llamarme Roustán.

JUANA Pues bien, Roustán, mientras duerme el emperador cuéntanos algún hecho de armas suyo.

ANTONIA Sí, sí, Roustán, que sea bonito.

ROUSTÁN Pedírmelo tú... No decir que no... En seguida. (Pausa breve.) Lo que voy a decir pasar ayer... Cerca de aquí, cosacos coger por poco a Napoleón... Envolverle casi... Refugiarse en seguida centro batallón Vístula... Napoleón gritarles intrépido, sereno... «Soldados de la Vístula: vamos a vencer o morir juntos...» Y sacar su espada de la vaina. Mandar luego formar el cuadro. Napoleón dominar soldados

con su caballo blanco... Cuadro formarse en seguida... Ponerse al ángulo comandante... Napoleón y bandera entrar cuadro. Colocarse en el centro... Emperador mandar: «Primera fila de rodillas»; primera fila hincarse en tierra. «Seguna fila formar huecos»; hombres segunda fila separarse para permitir tercera pasar fusiles entre espaldas. Volver emperador mandar: «Apunten... fuego...» Disparar todos los fusiles; ruido mil truenos... Cosacos huir... huir llanura... Napoleón salvarse.

JUANA ¡Los peligros que corre el pobre para defender nuestros hogares! ¡Si le hubiesen cogido!

ROUSTÁN No dejarle vivo, cortarle en mil pedazos...

(Se oye de pronto un vivo y lejano cañoneo. Napoleón se incorpora en seguida y se pone de pie.)

ROUSTÁN Otra vez. ¡Pum, pum! Nunca tranquilo.

NAPOLEÓN El ruido del cañón despierta a los valientes. ¡Roustán, mi caballo! (Roustán desaparece por la derecha.)

JUANA ¿Os vais ya, señor, y no habéis comido?

NAPOLEÓN Buena mujer, en la guerra no se come cuando se quiere, sino cuando se puede. No temáis, que no me dejaré morir de hambre. (En este momento se ve rodeado de un grupo de campesinos que salen por la derecha.)

ALD. 1 Señor, ¿es verdad que las cosas marchan tan mal?

NAPOLEÓN No tan bien como yo quisiera.

ALD. 2 ¿Pero creéis que el enemigo podrá entrar en París?

NAPOLEÓN Jamás, mientras yo viva y secundéis vosotros mis esfuerzos.

ALD. 1 Señor, todos nosotros os defenderemos.

NAPOLEÓN En este caso me reputo invencible. Dejad vuestras hoces y empuñad vuestros fusiles. Cuando se defiende a la patria se vale por mil. Amigos míos, es preciso que me

deis en vuestros propios hogares un nuevo Austerlitz.

TODOS ¡Viva el emperador! (El emperador sale por la derecha.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Campamento de Napoleón en Nogent. En el centro del escenario, la tienda de Napoleón. ROUSTÁN, montando la guardia al emperador. SALANDROUSSE y ROLLAND, recostados en el suelo a pocos pasos de la tienda. La acción comienza momentos antes de romper el alba.

ROLLAND Pues chico, la cosa anda bastante apuradilla.

SALAN. En trances más duros que estos nos hemos visto, Rolland, y, sin embargo, hemos salido victoriosos. Ya verás tú como el emperador hace una de las suyas y otra vez vuelve a dejar con un palmo de narices a nuestros enemigos.

ROLLAND Dificilillo lo veo, Salandrousse. Las nuevas que nos llegan al campamento no pueden ser más desastrosas.

SALAN. ¿Y qué? Veo que te ahogas en poca agua, Rolland. Yo he estado con el emperador en Egipto, he hecho con él la campaña de Italia, la de España y la de Rusia... Pues bien, te digo que nunca he visto al emperador más grande que ahora, más dueño de sí mismo, más en plena posesión de sus maravillosas facultades.

ROLLAND Lo creo, pero cuando los hombres y las

cosas nos vuelven las espaldas, es inútil que se empeñe uno en ir contra el destino.

SALAN. Mira, Rolland: para derribar al emperador se necesita una universal catástrofe, que el cielo y la tierra se junten, y todavía... ¡vamos, que todavía lo reputaría imposible!

ROLLAND Pero hombre, ten en cuenta nuestra situación... Nosotros, aquí acorralados...

SALAN. Bien, ¿y qué?... Marmant y Mortier se encargarán de cortarles el paso, mientras que el emperador, con uno de estos saltos de león que él acostumbra, rompiendo el cerco en que nos encierra Wintzingewde y avanzando hacia la capital, los envolverá en un círculo de fuego.

ROLLAND ¡Dios te oiga, Salandrousse! (Una tenue claridad comienza a iluminar la escena. Suena el toque de diana. A su vibrante llamada todo empieza a vivir y agitarse en el campamento. En cuanto deja de oirse el son marcial de la corneta Napoleón se asoma a la puerta de su tienda. Al verle, Salandrousse y Rolland se incorporan vivamente y llevan la mano a sus gorras de granadero.)

SALAN. ¡El emperador! Siempre es el primero en abrir los ojos al toque de diana.

ROLLAND Y el último en cerrarlos al de retreta.

ESCENA II

SALANDROUSSE y ROLLAND. NAPOLEÓN, siempre en el dintel de su tienda. Después, PEDRO FOURNIER, por la derecha.

NAPOLEÓN ¡Bendito seas, marcial toque de diana, vibrante llamada a la vida y al noble esfuerzo cotidiano del hombre! Tus notas alegres y viriles llevan la calma a mi espíritu, el vigor a mi corazón... ¡Tenéis razón, clarines sonoros! ¡A vivir! ¡A luchar!... ¡Todos contra mí y yo contra todos!... Mi tesón no flaquea ni con tanto

desastre ni con tanta vileza, ni con tanta traición... Ahí están ellos, mis bravos soldados de Austerlitz y de Jena... Sólo esperan mi voz para lanzarse al combate y vencer o morir... ¡Europa: aun no es tuya la victoria!... Falta aún mi última palabra... ¡Temblad, sabuesos, que aun no ha muerto el león! (De pronto, un tropel de soldados franceses, llenos de polvo y maltrechos, con el pánico pintado en el semblante, invaden el campamento.) Pero ¿qué es esto?... ¡No, no, la vista no me engaña!... ¡Llegan al campamento grupos de soldados dispersos y fugitivos! ¡Y son de la división del duque de Ragusa!... ¡Luego vienen de París!... Y en qué estado, ¡gran Dios! ¡Sin fusiles, rotos los uniformes, rendidos de fatiga, con el pánico pintado en el semblante!... ¿Qué presagio fatal es éste?... (En este momento Pedro Fournier cruza el campamento en idéntico estado al que acaba de pintar el emperador con su palabras. Napoleón avanza hacia él.) ¡Soldado, detente!

PEDRO ¿Quién sois?... ¡Ah! el emperador.

NAPOLEÓN Y tú, ¿quién eres?... (Reconociéndole después de haberle mirado fijamente.) Pedro Fournier, condecorado en Marengo...

PEDRO El mismo, sire.

NAPOLEÓN ¿Y vienes desolado, fugitivo?... Luego...

PEDRO Todo está perdido, sire.

NAPOLEÓN ¿Cómo?... ¿Qué quieres decir?...

PEDRO París está en poder del enemigo.

NAPOLEÓN ¡El camino de París libre, expedito, abierto de par en par a los aliados! ¡Traición! ¿He de sentir por todas partes como me cercan, como me envuelven tus sutiles, tus invisibles anillos?...

SALAN. ¡Traición! sire, esa es la palabra, pero no cuentan con vuestra majestad; pero no cuentan con nosotros, dispuestos a verter por vuestra persona nuestra última gota de sangre.

NAPOLEÓN ¡París!... ¡Mi hijo!... ¡Mi mujer!... ¡Mi gobierno!... ¡Todo en peligro!... ¡A ver, pronto, uno de mis edecanes!... ¡Mi caballo!... ¡Mi espada!

ESCENA III

SALANDROUSSE, ROLLAND, NAPOLEÓN, PEDRO FOURNIER, NEY, BELLIARD, MACDONALD y BERTHIER, por la derecha.

NEY Es ya tarde, sire.

BELLIARD París acaba de capitular.

NAPOLEÓN ¿Y mi mujer?... ¿Y mi hijo?.. ¿Y mi gobierno?...

MACDO. Camino del Loire, sire.

NAPOLEÓN Pero, ¿quién ha dado esa orden?

BERTHIER Vos mismo, sire.

NAPOLEÓN ¡Miente quien tal diga! ¡Me han vendido!

SALAN. ¡Mil bombas!

NAPOLEÓN ¡Qué infamia!... ¡Qué vileza!... ¡Qué cobardía!... Yo no puedo estar en todas partes... ¿Qué hacían, en tanto, Clarke y José?... ¿Y qué han hecho de mis doscientos cañones de Vincennes?.. ¡Y mis bravos parisienses, por qué no han vomitado su lava de hierro y fuego sobre el infame pecho del enemigo?... Pero aun no está todo perdido... (Napoleón, furioso, se pasea por delante de su tienda como un león en la jaula. Todos sus mariscales le observan inquietos y silenciosos.) Yo recobraré mi capital. . A ver, mi corneta de órdenes... (A poco comparece el corneta de órdenes de Napoleón; un chicuelo de unos doce a catorce años, vestido con el uniforme de cazadores de la guardia.) Hijo mío, toque de marcha. (Suenan en el campamento, de improviso, las alegres notas del toque de marcha. Los soldados corren a sus tiendas y cogen precipitadamente sus mochilas y fusiles.)

NEY ¿Qué vais a hacer, sire?... No contáis sino con setenta mil hombres.

NAPOLEÓN ¿Y los parisienses?... Espero de ellos una resistencia desesperada, sublime.

BELLIARD Pero, sire, no olvidéis lo que os hemos dicho: París acaba de capitular.

NAPOLEÓN ¡Arrojaré al enemigo de su sagrado recinto!... ¿Y quién ha sido el infame que ha firmado la capitulación?...

MACDO. No hay más que un culpable, sire: ¡la fatalidad!

NAPOLEÓN Ah, sí...aun es tiempo... A ver mis mapas... mi mesa de campaña. (Un soldado saca en el acto dichos objetos de la tienda de campaña. Napoleón extiende sus mapas sobre la mesita de campaña, e inclinado sobre ellos empieza a estudiar los movimientos y operaciones que han de contribuir a desalojar al enemigo. Sus mariscales, varios oficiales y soldados le rodean atentos y silenciosos. El emperador, febrilmente, les marca con el dedo todas las operaciones.) ¡Ah! Si yo tuviese aquí mi ejército, cómo iban a reirse de mí!... Los aliados han cometido la insigne torpeza de fraccionar sus tropas, sin reservarse el recurso de poder concentrarse rápidamente en caso necesario... Si yo tuviese aquí mis ejércitos los aniquilaba por completo... Ninguno volvería a pasar el Rhin.

CALAINC. (Tímidamente.) No olvidéis, sire, que nuestra situación no puede ser más desesperada... ¿No sería más prudente entrar en negociaciones con el enemigo?

NAPOLEÓN ¡Cien veces no! Basta ya de vergonzosas humillaciones. Se trata nada menos de la grandeza de Francia. La espada es la que debe pesar en la balanza... ¡Oid mis órdenes, señores mariscales!... Vos, general Belliard, os situaréis a orillas del Essonne, y ordenaréis a los mariscales Marmont y Mortier que se sitúen a orillas del Sena, camino de Orleans. (Un tropel de

granaderos, capitaneados por Salandrousse, invaden tumultuosamente el campamento.)

GRANADE. ¡A París! ¡A París!

NAPOLEÓN ¡Granaderos de la guerdia! Los aliados, adelantándose a nuestras previsiones, se han apoderado de París. Franceses renegados, haciendo causa común con el enemigo, han enarbolado la escarapela blanca. ¡Infames y cobardes mil veces! ¡Granaderos de la guardia: jurad exterminarlos o morir!

GRANADE. ¡Lo juramos!

NAPOLEÓN ¡A París, granaderos!

GRANADE. ¡Sí, sí; a París!

SALAN. ¡Mil bombas!... ¡Ahora sí que va de veras!

GRANADE. ¡A París! ¡A París!

ESCENA IV

NAPOLEÓN, NEY, BELLIARD, MACDONALD, BERTHIER, CALAINCOURT y el DUQUE DE VICENZO, por la derecha.

DUQUE No hace falta, sire: París viene a vos.

NAPOLEÓN ¿Y la emperatriz?... ¿Y el rey de Roma?

DUQUE Aunque me sea muy doloroso el decíroslo, la emperatriz ha traicionado vuestra causa.

NAPOLEÓN ¡Poder de Dios!... ¿La emperatriz ha arrojado mi gloriosa corona a los pies del enemigo?... ¡Mentís, señor duque de Vicenzo, mentís como un bellaco!

DUQUE (Haciendo un movimiento de avance hacia Napoleón.) ¡Sire!... (Conteniéndose.) Jamás la mentira manchó los labios de un soldado. A estas horas marcha camino de Austria con su hijo.

NAPOLEÓN ¡Mi hijo! ¡Mi amor! ¡Mi sangre en poder del enemigo!

SALAN. (¡Mil bombas! ¡Me parece que aquí le huele a alguno la cabeza a pólvora!)

NAPOLEÓN ¿Y mi gobierno?

DUQUE El Senado ha pronunciado vuestra destitución. Luis XVIII ocupa el trono de Francia.

NAPOLEÓN ¡Y cómo, si aun vivo yo!

SALAN. ¡Mil bombas! Y yo.

DUQUE Lamento sobremanera, sire, ser para vos portador de tan malas nuevas; pero aun, por desdicha, no ha terminado mi doloroso cometido... Sire, vengo en nombre del Senado a proponeros vuestra abdicación.

NAPOLEÓN ¡Mise...!

SALAN. ¡Mil bombas! ¡Miserable!... Eso digo yo.

DUQUE Sire, moderad vuestra justa cólera y meditad. Francia está cansada de la guerra y vuestros mariscales lo mismo.

NAPOLEÓN Ellos, sí... Bien lo veo.

DUQUE De modo que estáis solo, completamente solo, con vuestro genio y con vuestro infortunio.

NAPOLEÓN Y con mis soldados. Y con ellos solos me basta... Señor duque, id a decir al Senado y a los traidores que lo apoyan, que muy pronto tendrán noticias mías.

SALAN. ¡Mil bombas! ¿No dije yo que le olía aquí a alguno la cabeza a pólvora? (Napoleón se mete en su tienda. El duque de Vicenzo sale por la derecha.)

ESCENA V

NEY, BELLIARD, MACDONALD, BERTHIER y CALAINCOURT. UN CORREO.

NEY Señores, el emperador está loco.

MACDO. Y más intransigente y más apasionado que nunca.

BELLIARD Hay que impedir a todo trance la marcha del emperador sobre París.

BERTHIER Sembrar el desaliento en nuestras filas.

CALAINC. Sí, porque de ese hombre hay que esperarlo todo... Pudiera un milagro de su genio...

NEY Sería inútil. Tendría que vencer hoy... y mañana... y pasado mañana... Siempre, en suma. Europa ha jurado su exterminio.

BELLIARD Y el nuestro.

MACDO. Pues hay que evitarlo. (En esto llega a toda prisa al campamento un correo de París, cubierto de polvo.)

CORREO Señores mariscales: ¿dónde está el emperador?

NEY ¿Venís de París, señor oficial?

CORREO Sí, señor mariscal.

NEY ¿Qué nuevas traéis?

CORREO No pueden ser más funestas, señor mariscal. Marmont se ha visto obligado a capitular.

MACDO. Hay que avisar al emperador inmediatamente. (Sin poder disimular su júbilo. Los rostros de los demás mariscales rebosan de satisfacción, que en vano se esfuerzan por contener. En el momento en que Macdonald va a entrar en la tienda Napoleón aparece en el umbral.)

NAPOLEÓN ¿Qué hay, Macdonald?

MACDO. Sire, correo de París.

NAPOLEÓN (Avanzando vivamente hacia el oficial.) A ver esos pliegos, señor oficial.

CORREO (Saludando militarmente.) Tomad, sire.

NAPOLEÓN (Rasga nerviosamente el lacre de los pliegos y lee con ansiedad suma. Al terminar su lectura su semblante está pálido como el de un muerto.) Marmont acaba de capitular... ¿Lo oís, señores? (Mirándoles de hito en hito, implacablemente.) ¡Parece que no os sorprende la ignominiosa nueva! ¡Que no os subleva el alma! ¡Que no os enrojece las mejillas! ¿O es que la cólera os sofoca y las palabras no acierta a salir de vuestros labios? ¿Verdad, señores mariscales del imperio, que estáis

dispuestos a volar conmigo al socorro de París?

NEY ¡Ah, no, sire!

BERTHIER Sería una locura.

NAPOLEÓN Pero mía, Berthier.

MACDO. No olvidéis, sire, que no contáis sino con un puñado de reclutas, que no saben ni empuñar el fusil.

BELLIARD Que estáis cercado de una red implacable de enemigos.

CALAINC. Y comprometeríais más gravemente vuestra situación.

NAPOLEÓN Y la vuestra.

NEY Y aun suponiendo que lograseis entrar en París, tendríais que reñir después en sus calles una lucha enconada de hermanos contra hermanos... ¿Quiere V. M. encender en su patria la guerra civil?

NAPOLEÓN ¡Ah! ¡No! París ardiendo como Moscou!... ¡Qué horrible visión!... Pero ya que me es forzoso renunciar a mi querida Francia, Italia me ofrece todavía una retirada digna de mí... ¡Señores, marchemos a los Alpes!... Todavía lo porvenir puede ser nuestro. (Pausa breve. Todos los mariscales permanecen fríos, silenciosos, hostiles ante el ardiente apóstrofe de Napoleón.) ¿Os negáis a seguirme?... ¿Así abandonáis, en las amargas horas del infortunio, al soldado valeroso que os llevó tantas veces a la victoria, que os colmó de bienes y de honores, que os dió todas esas bandas y cruces que os cubren el pecho, todas las riquezas que habéis acumulado en vuestras quintas y palacios? ¿Qué, os rinde ya el peso de la espada? ¿Preferís al son del clarín guerrero las notas armoniosas de muelle y voluptuosa música, y al duro suelo del campo de batalla el regalado plumón de vuestros lechos?... ¡A fe que habéis degenerado bastante, señores mariscales de Francia!

NEY Sire, no deis al olvido que todas esas riquezas y honores que nos echáis ahora en cara nos las hemos ganado nosotros con las puntas de nuestras espadas y con la sangre de nuestras venas.

NAPOLEÓN Pero no las volveréis a ganar.

SOLDADOS (Dentro.) ¡A París! ¡Viva el emperador y mueran los traidores!

NAPOLEÓN ¿Oís?

NEY (A los demás mariscales.) Esto se complica.

NAPOLEÓN ¿Qué os parece? Aun quedan tras mí mis fieles soldados, dispuestos a verter por mí hasta su última gota de sangre... Pero, no empalidezcáis, señores... Tenéis prisa por cambiar de dueño, y yo tengo más prisa de perderos de vista... Un momento... (Se mete en su tienda y vuelve a salir a poco con un papel en la mano. Entretanto se oye gran tumulto de voces en el interior del campamento, y de cuando en cuando el grito: "¡A París!... ¡A París!..." Salandrousse entra, seguido de un tropel de granaderos.)

SALAN. Sire...

NAPOLEÓN ¿Qué pasa, Salandrousse?

SALAN. Nada, sire, que los gruñones se impacientan. Quieren marchar inmediatamente a vuestra capital.

NAPOLEÓN Muy bien, hijos míos... Salid a esperar mis órdenes... En breve marchamos.

SALAN. ¡Viva el emperador!

NEY Sire: ¿a dónde vamos?

NAPOLEÓN ¡A Fontainebleau!

MACDO. ¿Qué intenta?

NAPOLEÓN Señor mariscal Calaincourt: llevad inmediatamente este pliego a París. ¡Es mi abdicación, señores! ¡Para mí, la amarga tristeza del destierro; para vosotros, el fallo infamante de la Historia!

TELÓN

FIN DE LA OBRA

OBRAS PUBLICADAS POR

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES O EL TRIUNFO DE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
5. EL SOL DE LA HUMANIDAD. — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. — C. Costa y J. M.ª Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12. PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
13. FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
18. JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21. ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
22. LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. — Enrique Arroyo y Carlos Dotesio.
PASA LA RONDA. — Francisco Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28. DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29. EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.

30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer Casademunt.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37. EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. Vidal y Valenciano y J. Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40. LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa.
¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
41. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
42. EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
43. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
44. AMOR DE AMAR. — Jacinto Benavente.
CUENTO INMORAL. — Jacinto Benavente.
45. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez.
46. LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide.
47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCESES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO. — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54. LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá.
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artis.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63. SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — Eduardo Vidal y Valenciano.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65. EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67. LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN. — J. B. Baró, E. Salvat y S. Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.

69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA. — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82. ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.
83. ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85. EL ADVERSARIO. — Anfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87 BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión.
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.
89. EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS. — Francisco Villaespesa.
90. EL LOBO. — Joaquín Dicenta.
91. CARCELERAS y REJAS Y VOTOS. — Ricardo R. Flores.
92. AMOR DE MADRE. Ventura de la Vega.
GUERRA A LA GUERRA. —Ramón de Campoamor.
93. LA NEÑA. — Federico Oliver.
94. DOÑA MARÍA DE PADILLA. — Francisco Villaespesa.
95. LA DONCELLA DE MI MUJER. — T. Luceño y F. Reparaz.
96. SOBREVIVIRSE. — Joaquín Dicenta.
97. BRUNO EL TEJEDOR. — Ventura de la Vega.
SINIBALDO CAMPÁNULA. — Felipe Pérez Capo.
98. EL ASISTENTE DEL CORONEL. — Gonzalo Cantó.
LA HUELGA DE LOS HERREROS. — Ricardo J. Catarineu.
99. DÍA DE REYES. — Manuel Moncayo.
NOCHE DE REYES. — Carlos Arniches.
100. EL ZAPATERO Y EL REY. (Primera parte). — José Zorrilla.
101. GENTE DE FÁBRICA. — Jaime Firmat Noguera.
102. EL ZAPATERO Y EL REY. (Segunda parte). — José Zorrilla.
103. LA MOZA DE CÁNTARO. — Lope de Vega.
104. ABEN-HUMEYA. — Francisco Villaespesa.
105. COMEDIAS CORTAS. —Luis Esteso
106. AMOR DE ARTISTAS. — Joaquín Dicenta.
107. BODAS DE PLATA. — Manuel Linares Rivas.
108. LA MUERTE DEL TORERO. — Felipe Pérez Capo.
EL REDENTOR DEL PUEBLO. — Adolfo Marsillach.

Precio: DOS pesetas